

La Ilustración Artística



Año XIV

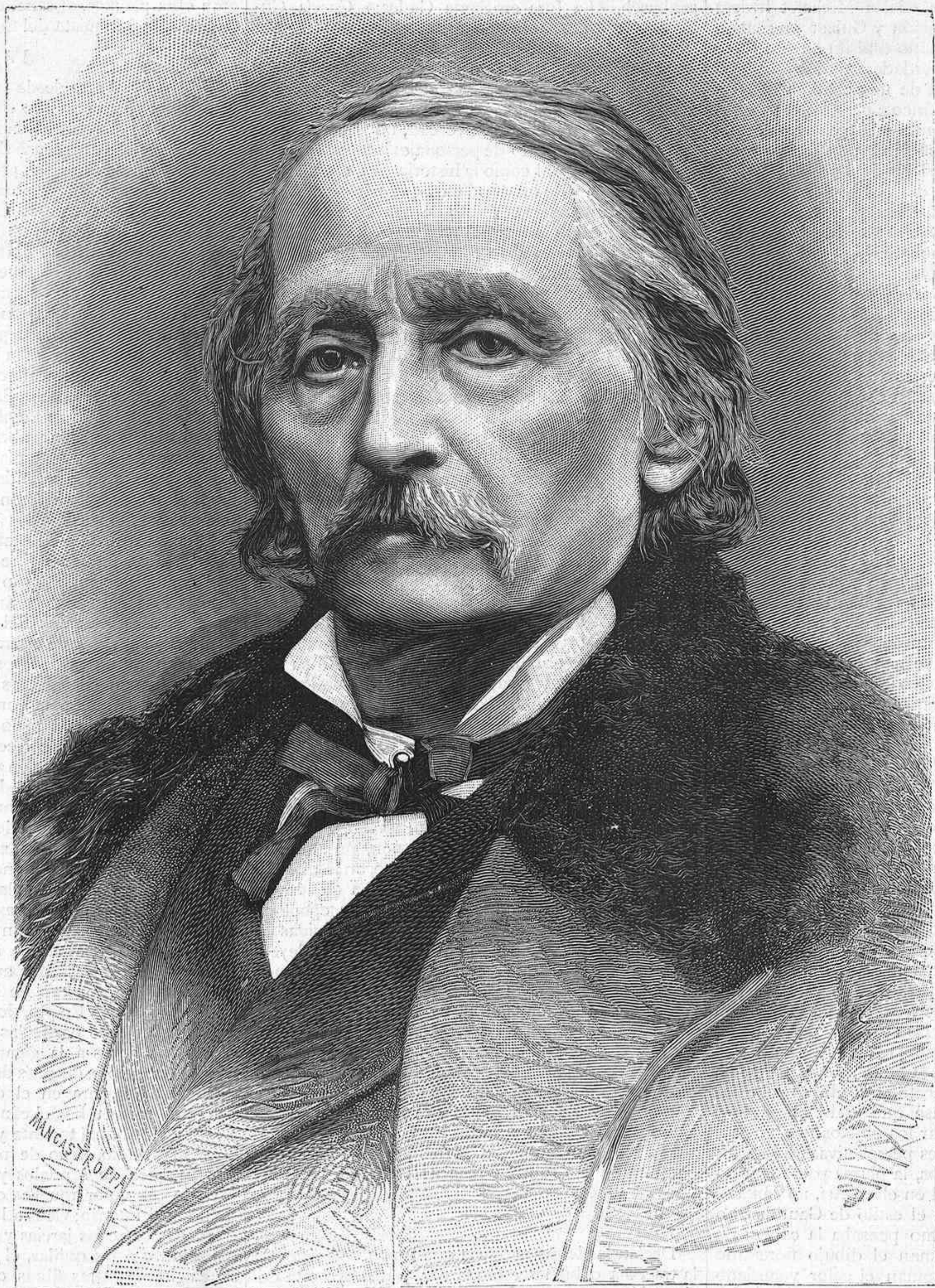
BARCELONA 18 DE MARZO DE 1895

Núm. 690

SUMARIO. - Texto. - *Murmuraciones europeas*, por Castelar. - *Semblanza. José Casado del Alisal*, por R. Balsa de la Vega. - *Román Ribera*, por A. G. - *Sainetes matritenses. Un lance de honor*, por A. Danvila Jaldero. - *Crónica parisiense*,

por Juan B. Enseñat. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *La Cabellera de Magdalena.* - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** Varios. **Grabados.** - *El eminente historiador César Cantú.* - *Salida de baile*, cuadro de R. Ribera. - *Un lance de honor*, dibujo

de Méndez Bringa. - *En el campo*, cuadro de A. D. Bianca. - *El Santo Viático*, cuadro de F. Miralles. - *El excelentísimo Sr. D. Emilio Calleja.* - *Ismail-Bajá.* - Figs. 1 á 6. Tranvía eléctrico. - *Vendedora de higos chumbos*, cuadro de C. Pla.



El eminente historiador César Cantú, fallecido en Milán en 11 del corriente
(de fotografía de Ganzini)

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Los hermanos Goncourts. - Recuerdos de ambos escritores y generales caracteres suyos. - Diario curioso de sus emociones. - Lucha con Renán promovida por este diario y sus memorias. - Ingreso del marqués de Pidal en la Academia Española. - Muerte de Ismail-Bajá. - Larguezas de Ismail. - Obra de guerra y obra de paz. - El organista Saint-Saens. - Sus viajes y sus cartas. - Observaciones. - Conclusión.

I

Para entretener y deleitar conozco muy pocos escritores comparables á los Goncourts, Bautistas de Zola y Daudet, cuando se trata del arte de fotografiar los objetos y sujetos que van pasando por una lente maravillosa, donde se retratan mejor las observaciones al vuelo que la sabia experimentación. Quizás no atesoran muchas ideas ni, por tanto, leyes generales sus escritos; pero demuestran en ellos grandísima capacidad de sentir sus autores, idóneos para conmoverse á todas las emociones y maestros así en guardarlas con tenaz retentiva como en exponerlas y reproducirlas con expresión feliz. Por esta falta de síntesis y generalización, sus volúmenes referentes á historia carecen de aquellas encadenadas series en el pensamiento, merced á las cuales Michelet hiciera milagros de mágica evocación y Guizot presentara las fases históricas del humano espíritu en su lento y progresivo desarrollo con verdadera profundidad. Ni la fisiología ni la psicología de una edad se guardan dentro de sus trabajos históricos; pero, en cambio, el hecho diario en cada instante y el ejemplar vivo de algún contemporáneo se reflejan en su forma literaria, transparente como un lago de Lombardía y espléndida como un cristal de Venecia. No requiráis de los Goncourts ni el examen profundísimo de Balzac, ni el estilo cincelado y á veces perfecto de Flaubert, ni la maestría y la facundia literaria de Zola; pero hay, en cambio, una originalidad tal, que no puede confundirse con escritor alguno en genial independencia y en constante afirmación de su personalidad, por las cuales caerán en la extravagancia, pero no en la imitación y menos en la copia de sus predecesores y de sus maestros. Si ambos literatos, Julio y Edmundo Goncourt, no se hubieran en las mismas entrañas engendrado y no hubieran en la misma cuna los dos nacido, hermanos de padre y madre, ningún mortal se parecería en el escribir á ellos, como ellos se parecen uno á otro; pero no á nadie más en el mundo y en el arte. Uno solo son por el pensar y el escribir, aunque sean dos por la generación y por el nacimiento; mas no habrá tres. Así la obra característica suya es el diario, en que van refiriendo cuanto les acaece y comentando lo acaecido, con observaciones fragmentadas, contradictorias, rotas en cien pedazos, pero curiosísimas. Las ideas y emociones de uno y otro parecen torbellinos de átomos, que no se han detenido en parte alguna y no han hallado núcleo donde conglomerarse. Por tal razón, junto á emanaciones que aroman el olfato, emanaciones que hieden y lo apestan. La llave de oro con que abren los santuarios les sirve para también abrir las cloacas. Y como todo es en ellos relieve, todo golpea en la vista. Medias tintas crepusculares, gradaciones suavísimas, dulces matices, iris armoniosos, insinuaciones y retenciones no encontraréis en Goncourt, aunque los pidáis por Dios. Así, les gusta el arte japonés, un arte de bulto, con figuras muy hechas y espejuelos muy brillantes y paisaje ó vegetación muy relamidos. Como en el Hon-Kong chino, en el procedimiento á lo Goncourt no hay crepúsculos, esos comienzos graduados del día y de la noche tan poéticos en las templadas zonas nuestras. El sol nace y muere allá en el mar meridional chino como se apaga y enciende un fósforo en vuestras manos, de súbito. Lo mismo el pensamiento en Goncourt, no luce, relampaguea. El diario está lleno de noticias que valen la pena y de otras que no podrían entrar en una gaceta. Todo lo ven por prismas con facetas. Diríase que están abriendo y cerrando los ojos para mirar los objetos tras un pestañeo continuo. Las grandes perspectivas no les tientan. Dibujantes consumados, la pluma parece un esfumino, un lápiz, un pincel en ellos. Así, no canta el estilo suyo como cantaba el estilo de Gauthier; no piensa el cerebro suyo como pensaba la cabeza de Taine. Ni en Florencia toman el dibujo florentino magistral, ni en Venecia toman el color veneciano brillantísimo; y eso que lo mejor del conocido volumen sobre Italia es la visita de los museos. Muy combatidos por los demás, ellos no han peleado mucho por sí. Renán abominó de Goncourt en los últimos días de la vida, porque cometiera en su diario el escritor impresionista muchas indiscreciones, contando dichos arrancados á los labios suyos, á unos

labios de filósofo pesimista, por el sitio de París y por la guerra con Alemania. Tiene Goncourt, el superviviente, una página de verdadera elocuencia, la cual arranca lágrimas: aquella en cuyos concisos renglones refiere la muerte de su hermano.

II

Mi amigo el marqués de Pidal ha entrado en la Academia Española y leído un discurso acerca del drama histórico en la copiosa literatura teatral nuestra. Con decir quién lo ha escrito, basta para expresar la ciencia y la experiencia que lo enriquecerán á una con sus tributos y aumentarán su mérito intrínseco. El marqués de Pidal todo lo estudia con grande atención y no escribe sobre tema ninguno hasta después de haber agotado su contenido en diligentes y sabias investigaciones. Pocos asuntos tan socorridos para una buena disertación como el enlace de la Historia con la Epopeya y con el Drama. De nuestras crónicas y de nuestros Romances han extraído: Lope, «Lo cierto por lo dudoso;» Moreto, «El rico hombre de Alcalá á los pies del rey Don Pedro;» Tirso, «La prudencia en la mujer;» Calderón, «El príncipe Constante;» pues no puede la historia portuguesa desglosarse de la historia patria; Quintana, el «Pelayo;» Zorrilla, «El Zapatero y el Rey;» Hartzenbusch, «La Jura en Santa Gadea;» García Gutiérrez, la «Venganza Catalana;» «El hombre de Estado;» Ayala; y si nos extendiéramos á las literaturas extranjeras, el «Don Carlos» Schiller, y Víctor Hugo el «Ruy Blas» con el «Hernani;» como Corneille su inmortal «Cid;» base y fundamento de todo el teatro francés. A la verdad, no puede ofrecer cantera para el tallado de personajes interesantes ninguna materia social como la historia viva, tan llena de los combates y de los conflictos que necesita el drama para desarrollarse. Y esto de convertir en drama la historia, como la historia en drama, tiene muchos ejemplares y muchos antecedentes en los pueblos poseedores, por sus especialísimas facultades y aptitudes, de un verdadero teatro. Los héroes del mundo antiguo, aquella serpiente del Nilo, que tentó á Marco Antonio, Eva de Oriente perdiendo al mísero Adán de Occidente, con el propósito de ver pasar la dirección del mundo desde nuestra Europa en aquellos días á los despotas asiáticos, tal como está en la historia de Plutarco resucita en los dramas de Shakespeare, cuya Cleopatra se nos aparece y presenta como copia viva, sacada por el gran trágico de la historia clásica. Luego juntamente con las Porcias romanas y con los cínicos griegos y con los tribunales del Aventino y con los monstruos que mancharon la montaña palatina y las glorias romanas, á fuer de gran trágico, Shakespeare, singular maestro por su inspiración y por su arte, resucita los personajes y objetos y argumentos de la historia inglesa, desde las aras del martirio donde murieron los hijos de Eduardo inmolados á las ambiciones reales, hasta las salas del tribunal donde Catalina de Aragón defendió su castidad y su honra y su amor contra el divorcio entablado por la sensualidad coronada en la persona del perverso y brutal Enrique VIII. De idéntica suerte que ha nacido el teatro moderno, naciera el teatro antiguo. Cuanto nuestros maravillosos ingenios trágicos encontraron en el poema de nuestra historia, encontraronlo á su vez los trágicos griegos en la epopeya de su Homero, pórtico milagroso, únicamente comparable al pórtico del Partenón, precediendo toda la vida de Grecia. Y no existe, no, en la trinidad trágica helena poeta ninguno que haya dejado de apelar á las correspondientes historias y epopeyas patrias. Los argonautas en Eurípides, los atrimas en Sófocles, los persas en Esquilo reproducen la leyenda mística y la historia real de aquella región, donde naciera el hombre, ya emancipado, con forma de dórica estatua en su cuerpo, en las manos el cincel de Fidias y la espada de Leonidas, en el afluente labio la elocuencia de Pericles unida con la poesía de Píndaro, sobre la cabeza esférica y la frente luminosa, como una llama de fuego creador, el verbo de Platón, y á los pies, vencido y maniatado, el despotismo de Oriente. Mis aplausos al marqués de Pidal y á su insigne compañero Menéndez Pelayo, que le contestó en una sobria y magistral oración.

III

Decían las letras antiguas que los protagonistas de la tragedia debían ser monarcas, y atribuyo esta designación yo, en verdad, no á que fueran éstos los hombres más visibles y notables de su tiempo y sociedad, á que también fueron los más desgraciados. Cuantos males y tristezas acompañan la vida real, se agravan y enconan y exacerban mucho en los altos sitios de la política, en los vertiginosos picos de la pública gobernación y del Estado. Así nada tan de

suyo trágico cual una vida que acaba de apagarse ahora mismo en la muerte. Me refiero á la vida de Ismail-Bajá, monarca un tiempo del reino de Egipto por delegación del sultán de Turquía, monarca destronado. Ismail-Bajá vivió en medio de todos los placeres, absorbió esta vida en todo cuanto le rodeaba, desde los libros de su religión y de su moral hasta las esperanzas de otra vida mejor en el edén mahometano. Siguiendo aquellas tradiciones de los Psaméticos, que levantaban palacios superiores en extensión y en pórticos á las mayores ciudades; aquellas tradiciones de los Ptolomeos, que bebían sus vinos en copas de vaciadas esmeraldas y disolvían en hidromiel perlas del valor de un imperio; aquellas tradiciones de los califas sirios y de los shas persas, que tapizaban de brillantes sus camarines, Ismail dispendió sus tesoros como si fueran de plata líquida las aguas del Nilo y de oro puro los dátiles del desierto, hasta gastarse veinte mil duros en una cena de orgía y un millón de francos en un puentecillo de jardín, cual si hubiera dispuesto de cuantas piedras ó metales preciosos atesora en sus entrañas la tierra, y hubiera podido desclavar las estrellas del cielo como otros tantos clavos áureos y metérselas en el inagotable bolsillo. Pero si estos dispendios le precipitaron y le hundieron en la bancarrota, confesemos que hizo una gran obra pacífica, el canal de Suez, y una gran obra guerrera, la conquista del Sudán.

IV

Volviendo al arte desde la política, recordemos lo antedicho: cómo el teatro está siempre necesitado de una cantera, semejante á la que tuvo el teatro griego en la *Iliada*, el teatro español en los Romances, el teatro clásico francés en sus predecesores griego y español, como la que tienen ahora todos los teatros occidentales en las literaturas del Norte. Yo creí la boga de los autores boreales, de los rusos, dimanada del sentimiento de alianza entre Rusia y Francia; pero no ha entrado Suecia en esas alianzas, y su Ibsen truena en París; no ha entrado Austria, pues pertenece á la triple, fundada con ella, Prusia é Italia, y un drama de origen austriaco priva hoy con grandísimo favor en París. Sea en buen hora. Pocas veces he visto á los franceses tan viajeros y errantes como en estos días que corren. Saint-Saens vaga por el mundo entero escondiendo su nombre glorioso tras apellido más ó menos músico y abriendo sus oídos á todas las consonancias y armonías del universo. Lo que más nos aterra en la infinidad del tiempo y en la infinidad del espacio es considerar cómo callan los muertos y cómo callan los mundos. Nada nos dice todo cuanto yace bajo nuestros pies, y nada nos dice todo cuanto se mueve sobre nuestras frentes. El cielo y el sepulcro callan. Por eso hemos necesitado poner bajo la losa del sepulcro angélicos conciertos, y en las soledades inmensas del espacio azul música de mundos y sinfonías de esferas. Pero nuestro planeta, levantado entre dos infinitos, canta. Y sobre nuestro planeta cantan sus artistas. El gran músico de la Magdalena, Saint-Saens, corre nuestro globo en busca y requerimiento de melodías. Nada tan curioso á este respecto como la colección de cartas publicadas acerca de tal peregrinación en estos días. Desde París corrió á las tierras meridionales francesas. Desde las tierras meridionales francesas, no creyéndose aún en Mediodía pleno, á las tierras meridionales hispanas. Valencia lo retuvo en sus jardines henchidos de aromas eternos, y en Valencia lo encantó la zambra de nuestras zarzuelas populares tan rítmicas y el melodioso dejo de nuestras canciones callejeras, acompañadas por las guzlas de nuestros improvisadores y trascendiendo así al aroma de los azahares como al eco de las serenatas. Mas aún le pareció pálida Valencia en este invierno de lluvias, y se marchó á la tierra del antiguo Egipto, donde los rayos del sol, hiriendo á las frías partículas del pórtico, arrancaban dulcísimas notas á la gigantesca estatua de Memnón. Y en Egipto, después de haber anotado el vibrar de las palmas para en el órgano repetirlo cuando acompañan sus tubos el cántico de los profetas, pasó á la vista del Sinaí tonante y se perdió como un buzo en el mar indio, lleno de madreperlas y perfumado por bosques de sándalos y cañaverales de canela. Mecido, pues, por aquellas ondas entre aires y aguas de un azul intenso; viendo los colibríes revolotear en bandadas entre las jarcias y los delfines saltar en círculos junto á las quillas, el grande compositor, que sabe agitar nuestras fibras con los escalofríos pintados por las cadencias sublimes, ha compuesto el acto último de su ópera en gestación, el acto último de *Brunequilda*. Podrá callar el cielo y podrá callar el sepulcro, pero bien cantan la tierra con sus bosques y sus mares, el arte con su poesía y su música.

¡Bendita la tierra, bendito el arte!

Madrid, 9 de marzo de 1895.



SEMBLANZA

D. José Casado del Alisal fué uno de los artistas españoles contemporáneos que mejor han sabido reflejar en sus obras sus gustos personales, su manera de ser social, sus ideas aristocráticas y su temperamento altivo.

Porque el insigne autor de *La Campana de Huesca*, correctísimo en su trato, era sin embargo muy poco asequible á la intimidad, especialmente con personas de modesta posición; y aun me parece, cuando le recuerdo, que al igual de Alfredo de Vigny, se propusiera vivir dentro de una torre de marfil para que no le manchase el vulgo.

Era Casado de elevada estatura, rubio tirando á rojo el color de la barba, no muy espesa y cuidada con esmero, y en la que se veían algunas hebras de plata. La blancura de la tez parecía la del nácar, contribuyendo á esta coloración exangüe la terrible enfermedad del pecho que lo llevó al sepulcro. Jamás le vieron otro sombrero que el de copa. Su andar era reposado, sus movimientos casi rígidos, su mirar era duro y frío y lo hacía más frío el color azul, de un azul claro, de sus ojos.

Pocas veces habrán oído los que fueron sus discípulos — alguno de ellos hoy pintor notable — un elogio del maestro, ni una frase de aliento; por el contrario, la crítica más seca y descarnada salía de su boca de labios finos, descoloridos. Cuando se acercaba al caballete á corregir, echábanse á temblar cuantos con él aprendían el difícil arte de la pintura, porque era seguro que para rectificar un trazo, un contorno cualquiera, no respetaba ni lo mejor pintado. Al devolver la paleta solía decir: «Las contemplaciones no llevan á ninguna parte.» Cierta que con la misma severidad se corregía á sí mismo.

Pocos amigos sinceros tuvo el ilustre pintor; no predisponían para quererle, ni su talento, ni la sequedad y desabrimiento de su cortés pero fría conversación. Además el vacío que sus colegas hacían en derredor suyo estaba justificado... hasta cierto punto; no respetó jamás lo que pudiera llamarse *caridad artística*: así fuese de Velázquez el cuadro ó la obra que caía bajo sus ojos, le clavaba el bisturí de una crítica terrible, más terrible en él por el tono desdeñoso con que la hacía.

Recuerdo ahora dos sucesos que acaecidos con tres años de diferencia se completan, y que pudieran

recia *relamido* y *falso*. Pasaron tres años, y el joven aquel lleva á la Exposición (la de 1884) un gran lienzo, que desde el primer instante tuvo la suerte de apasionar á críticos y á artistas, atacándole duramente unos y defendiéndole con calor otros. Una tarde, días antes de la apertura del certamen — que se discutía respecto de la obra del joven en cuestión, — entra Casado del Alisal, y viendo el lienzo, que todavía estaba en el suelo, hace un gesto de desdén, le mira, y con la entonación más despreciativa que pudo encontrar pregunta á varios de sus compañeros de Jurado: «¿Dónde colocamos ese estafermo?»

Se habían pagado ambos pintores, y sin saberlo seguramente, en la misma moneda, sus odios de artista.

El *estafermo* aquel obtuvo varios votos para la medalla de honor y fué premiado con la de oro.

Hacía un año que Casado regresara de Roma, y que expusiera su celebrado lienzo *La leyenda del rey monje*; cierto día un banquero tan rico como indiscreto, que había ido al estudio del maestro, después de admirar los objetos de arte allí acumulados, le preguntó:

— ¡Ganará usted mucho, Sr. Casado; su nombre debe proporcionarle una buena renta!

Casado, después de un momento de silencio, durante el cual y á través del humo de su veguero, midiera de alto á bajo al impertinente, le contestó:

— Sí. Pero más gana usted jugando en la Bolsa.

— ¡Oh! Créame usted que hay años...

— Hay años, interrumpe el artista, en los que no se gana absolutamente nada. Lo sé, y por eso los banqueros no quieren concluir de arruinarse adquiriendo obras de arte, como lo prueba el no haber ganado yo en doce meses más de mil quinientas pesetas.

Y así era en verdad.

Le gustaban con delirio las flores. Pocos eran los días en los que no se veían en su taller grandes ramos colocados con exquisita coquetería en hermosos jarrones japoneses. Su estudio no se parecía á los de sus colegas. Reinaba en él, juntamente con cierta severidad elegante en el decorado y en los muebles, una especie de *comfort* femenino, que hacía simpática la estancia allí; por más que esa especie de amalga-



titularse primera y segunda parte de un odio. Mirábamos varios amigos artistas ciertos lienzos expuestos en las salas de la Escuela superior de Pintura de esta corte, y entre los lienzos había uno de Casado. Acercóse á nosotros un joven, y no sé quién nos dijo que era el autor de un cuadro que llamara bastante la atención en la Exposición nacional hacía pocos días celebrada. Le preguntamos qué le parecía el lienzo de Casado, y haciendo un gesto de disgusto, contestó que le pa-

ma espiritual, efectiva, característica de Casado, la velara el maestro con su desdeñosa y sobria conversación.

Como Casto Plasencia, jamás dejó el cigarro; si hubiese necesidad de saber cuál de los dos fumaba más, sería cosa de quedarse sin averiguarlo. A ambos artistas les habían prohibido los médicos el abuso del tabaco, pero ninguno tuvo á bien obedecerles. En otro detalle se parecían Casado y Plasencia, en su horror al vino.

Odiaba cordialmente cuanto acusara abandono ó dejadez en una persona. Figúrense nuestros lectores, teniendo en cuenta esto, lo que Casado debió de haber sufrido con el suceso que voy á relatar, y que le acaeció en los últimos años de su estancia en Roma.

Tenía como modelo una bellísima transteverina, que recordaba fuertemente el clásico tipo de las matronas romanas de los tiempos del Imperio, y de la que, hacía tiempo, se había declarado su protector. Cierta día hubo de necesitar Casado un modelo de hombre, y encargó á un colega amigo suyo que le enviase uno á propósito para la figura que concibiera. Cumpliendo el encargo, el otro pintor le envió un *ciociaro* como de cuarenta años, fuerte, alto y de hermosa musculatura, tal y como Casado lo necesitaba para trazar la primera figura del grupo que baja la escalera en el cuadro *La leyenda del rey monje*.

El *ciociaro* se presentó en el estudio del maestro como suele andar la gente de su calaña, que duerme bajo los pórticos de los palacios y de los templos de Roma, ó hacinados como pjaras en miserables casuchas de los más abandonados suburbios de la Ciudad Eterna: se presentó, pues, sucio, desgreñado, roto y lleno de miseria. Casado, inmediatamente que le echó la vista encima, le manda salir y le tira al suelo dos liras para que fuese á darse un baño, ordenando al propio tiempo á su protegida que saliese en busca de ropa para aquel miserable.

Acababa de salir la muchacha para dar cumplimiento á la orden, cuando recibe Casado la visita de un artista italiano, que había encontrado en la escalera á la modelo y al *ciociaro*. Alabando el visitante varios cuadros que el maestro tenía á medio concluir, repartidos por el estudio, hubo de reconocer á la modelo, es decir, á la protegida, en algunas de las preciosas figuras de mujer de los citados cuadros, y haciéndose lenguas de su belleza, dijo que, como hombre, era más bello todavía el *ciociaro marito della fanciulla*. Casado dió un salto en su asiento al enterarse de tal cosa, y aguardó impaciente el regreso de su protegida. De vuelta ésta ya, le preguntó:

— Dime, ¿es verdad que ése es tu marido?

— ¡Oh, *signore*, contestó con gran aplomo la muchacha, *come marito ancora non, ma mi baccia spesso!*

En aquel punto y hora levantó su protección á la joven.

A un discípulo suyo le oí relatar lo siguiente, que retrata á Casado de cuerpo entero.

Hallábase éste pintando, y viéndole trabajar estaba un colega suyo que llegara de Valencia hacía muy pocos días con objeto de presentar un cuadro en la Exposición. El maestro había sido elegido individuo

del Jurado calificador, y el artista valenciano había ido á saludarle y á recomendarse. Llega la hora de despedirse, y el visitante, que hasta entonces había tenido las manos bajo la capa, le alarga la diestra llenos los dedos de chafarrinones de colores, así como los puños de la camisa. Casado, que había hecho ademán de estrechar la mano que el otro le alargaba, retira la suya vivamente, y mirando á su interlocutor, le pregunta:

— ¿Pero usted pinta con los dedos?

Da suelta á la risa el interpelado y contesta:

— No *ché*; pero esta es la mano de un artista.

— De un puerco, querrá usted decir, responde Casado, volviéndole la espalda.

Cuentan que cuando la reina regente, poco tiempo después de la muerte de D. Alfonso, fué á visitar el estudio de Casado, que á la sazón estaba pintando, por encargo de la regia viuda, un retrato del rey, encontró tan parecida la pintura doña Cristina, que rompió á llorar. Casado, con su frialdad de ánimo, después que transcurrieron los primeros instantes de la explosión de dolor de la regente: «Señora, le dijo, siento grandemente el mal rato que acaba de pasar vuestra majestad; pero no puedo menos de felicitarle de ese llanto, porque prueba la bondad de mi obra.»

He dicho que Casado criticaba duramente los trabajos, así de sus discípulos como los de sus colegas, aun cuando fuesen éstos de los que la fama ha hecho intangibles; pues bien, al ilustre artista le tocó, á su vez, escuchar una censura que debió causarle herida profunda en su amor propio; herida tanto más honda, cuanto que la persona que asistía al juicio crítico, porque de un juicio crítico se trataba, no pertenecía, ni de cerca ni de lejos, al gremio.

Hallábanse delante del tantas veces citado lienzo *La campana de Huesca* varios artistas, hombres políticos y personajes de viso, admirando la obra. Entre los admiradores se encontraba Casado (esto acaecía en la exposición en que se exhibió el cuadro de referencia). Acompañado de varios amigos, acertó á pasar por allí un hombre político de los que por entonces estaban en candélero, y otro de los que se deshacía en elogios del famoso lienzo, le llama y le pregunta:

— ¿Qué le parece á usted este cuadro? (Debo advertir que el preguntado no conocía al autor.)

— No me parece mal. Yo no entiendo de pintura y, la verdad, no sé decir más de una obra sino que me gusta ó que no me gusta; pero á mí me parece que ese rey, exclama señalando al *monje*, no ha hecho nada cortando la cabeza á esos rebeldes, si no se la corta también á esos caballeros que en primer término miran airados la justicia que acaba de hacer el soberano.

Casado se mordió los labios. La observación era justísima y todos callaron.

Por su parte el ilustre artista tampoco se quedaba corto, aun cuando nunca faltase en lo más mínimo á las reglas de la más exquisita urbanidad.

En cierta ocasión, corrigiendo á un discípulo suyo, hombre hecho y derecho ya, una figura que éste estaba dibujando del natural, le dijo:

— Ayer le hice ver á usted que el modelo es más fuerte de torso; hoy sigue usted haciéndolo tan débil como anteayer que se lo advertí por vez primera. Amigo mío, poco á poco me va usted *consumiendo la figura*.

Cuando por fin, después de una oposición tenaz por parte de varios académicos de la de San Fernando, pudo lograr que lo eligiesen «inmortal», al darle la enhorabuena un ilustre pintor — ya muerto — le contestó Casado:

— Créame usted, haré lo que hacen los Madrazos: ir lo menos posible á la Academia. Porque, la verdad, amigo mío, en aquella casa no se puede soportar la conversación; decimos á cada dos por tres *objecto, haiga* y otras atrocidades por el estilo. Y además, ninguno de nuestros colegas es ni Fremiet ni Meissonier.

— En ese caso, no me explico por qué ha querido usted ser académico.

— ¡Ay, amigo mío! No es por el huevo, es por el fuero.

La suerte reserva á las veces para ciertos hombres crueldades y sarcasmos terribles. Casado, tan pulcro, de tan aristocráticos gustos, siempre rodeado de flores, vistiéndose el frac tan á menudo como la levita, y ésta era su prenda de diario, á quien repugnaban las gentes mal trajeadas; un hombre, en fin, que para dejar la paleta, así como los demás pintores suelen tener una mesita ó un mueble cualquiera, él tenía un almohadón de Utrech, fué á morir en la pieza precisa. De allí le sacaron para depositarlo en el féretro.

R. Balsa de la Vega

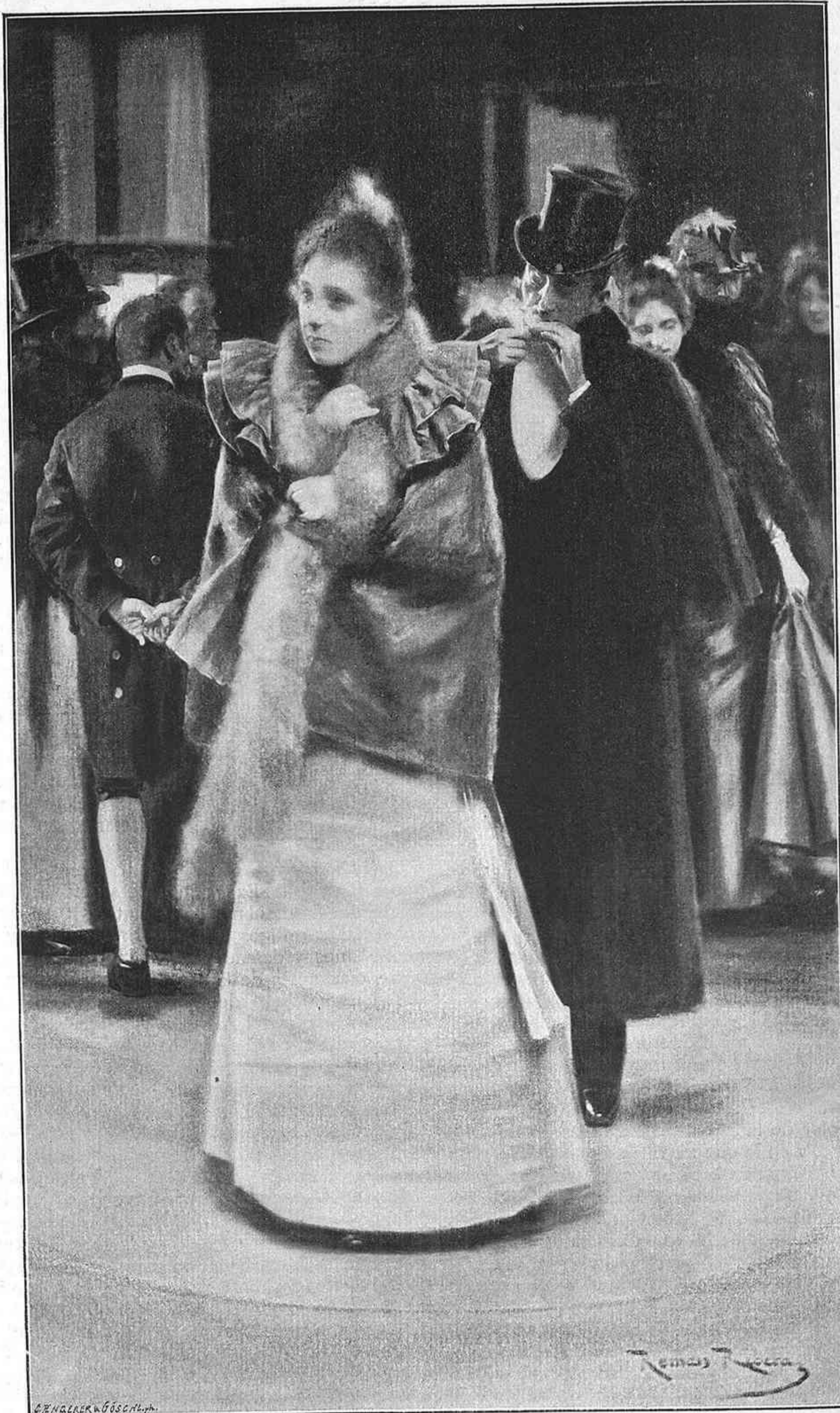
ROMÁN RIBERA

Y LA ESCUELA PICTÓRICA MODERNA

Innegable es que los ideales estéticos de este siglo son distintos de los que se persiguieron en los anteriores, y por lo tanto, los cambios que se han operado en la pintura religiosa é histórica han producido otra manifestación: la pintura de género, que reviste verdadero interés para el arte moderno. Esta pintura es

obras ajustándose á la llamada tónica modernista, sin que al amasar otra gama haya perdido mérito la producción.

No vaya á creerse, sin embargo, que Ribera haya recurrido á costumbres de tiempos remotos ni buscado en añejos ideales las fuentes de su inspiración, puesto que la mayor parte de sus numerosos cuadros pueden considerarse como esencialmente modernos por el concepto que integran. Si Ribera no se hubiera presentado siempre como artista modernísimo y culti-



Salida de baile, cuadro de Román Ribera

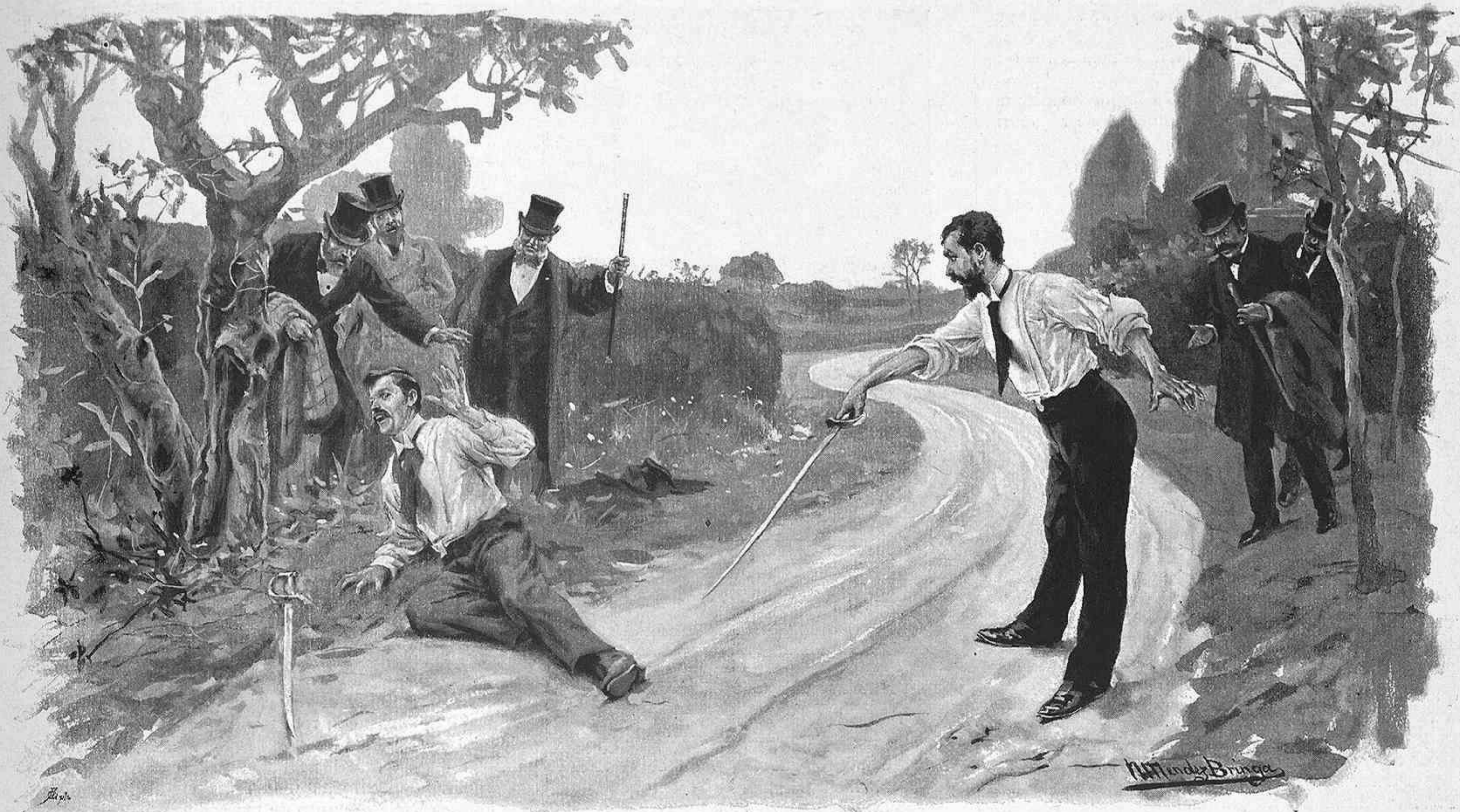
la que singularmente ha cultivado Román Ribera desde que dió sus primeros pasos en el camino del arte, y á sus sencillas notas de color, que también tienen el sello que marca su personalidad, debe la justa reputación de que goza.

La mayoría de sus cuadros representan luchas, investigaciones, porque aparte de la concepción y desarrollo del asunto, plácese en vencer los escollos que los tonos, al combinarlos, pueden ofrecerle. Agréguese á esta cualidad la de observar en todas sus composiciones la mayor corrección en el dibujo, y se comprenderá el buen concepto que merece como artista y la alta estima en que se tienen sus cuadros.

Ribera domina la paleta. De ello ha dado frecuentes muestras; pues aun dentro del género que cultiva, propio, personal y característico, ha producido

vador de la pintura de género, podríamos decir de él que era un catalán injerto de parisiense. París, con sus tipos, su carácter y su especial modo de ser, puede haber influido para que se desarrollaran y avaloraran sus aptitudes artísticas; pero el pintor nos pertenece, es español aun en los cuadros en que representa escenas y tipos no vulgarizados todavía en nuestra patria, porque sobre las filigranas del color y la elegancia de la factura se destaca la viveza, el calor y el sentimiento que sólo se hallan en la tierra española.

Manifestación clara de su gran valer como artista es el cuadro reproducido en esta página, que representa una nueva *Salida de baile*, premiado en la última exposición de Bellas Artes de Barcelona y adquirido con destino al Museo municipal. — A. G.



SAINETES MATRITENSES

Un lance de honor, dibujo de Méndez Bringa. Texto de A. Danvila Jaldero

SAINETES MATRITENSES

UN LANCE DE HONOR

Despacho del director de *El Cosaco*, periódico callejero. Muchos papelotes y cuatro trastos viejos.

I

ANTOÑETE, director y propietario de buena pasta. — El CAPITÁN, ex idem, con grandes bigotazos. — FELIPITO, «reporter» audaz é impertinente.

ANTOÑETE. — ¿Conque es decir, que mañana nos batimos?

FELIPITO. — Sí, querido, todo está ya arreglado; mañana, á las seis, en la «Huerta de la Bombilla,» á sable. No te quejarás de nuestra actividad.

ANTOÑETE. — (*Aparte.*) ¡Maldita sea vuestra actividad!

FELIPITO. — Los padrinos de Cacharrín han mostrado grandes deseos de una transacción, insinuando que *El Congrio* podría rectificar...

ANTOÑETE. — ¡Hombre..., pues haber aceptado!

CAPITÁN. — ¿Qué está usted diciendo, criatura? Después de haberle llamado á usted ladrón, canalla y presidiario, ¿cree usted posible un arreglo? ¡Mil pares de demonios!

ANTOÑETE. — Como yo le he dicho en otro artículo á Cacharrín que era un timador, estafante y bigamo, no encuentro tan disparatada la idea de una avenencia.

CAPITÁN. — ¡Nunca! Yo no se lo consentiría á usted. A un tal Lenguado, boticario de Pamplona, de quien yo fui padrino, le obligué materialmente á ir al terreno, y cuando luego lo ensartó de una estocada su adversario, que era un capitán de artillería, me quedé tan satisfecho de haber cumplido mis deberes.

ANTOÑETE. — Y el boticario se quedaría también tan contento.

FELIPITO. — Ponte tú en su lugar.

ANTOÑETE. — Por eso que no quisiera ponerme, hubiera deseado...

CAPITÁN. — Dado el gran escándalo de los palos que se dieron ustedes en el teatro Eslava, usted no puede desear más que lavar en sangre tamaña ofensa.

ANTOÑETE. — ¿Y cree usted que así me desaparecerán los dos chichones que ese bruto de Cacharrín me hizo en la cabeza?

FELIPITO. — De seguro, y más aún si Cacharrín te da un tajo encima.

ANTOÑETE. — Antes ciegos que tal veas

CAPITÁN. — Por eso quería yo que los sables tuvieran corte y punta; pero Felipito y los padrinos del

director de *El Congrio*, que son unos blanquillos, se han opuesto, y he transigido, aunque de mala gana. ¡Mil millones de bombas!

ANTOÑETE. — Gracias, Felipito, Dios te lo pague.

CAPITÁN. — Mejor hubiera sido, dada la inexperiencia de los combatientes, haber empleado el sistema de una sola pistola cargada.

ANTOÑETE. — ¡Qué atrocidad! Eso sería bueno si uno tuviera la seguridad de que le tocaba la buena.

CAPITÁN. — Así, con los sables sin filo, lo más que le puede á usted ocurrir es que le dé en una sien y se quede usted muerto en el terreno, que es lo más hermoso que le puede suceder á un hombre de honor.

FELIPITO. — Y ya sabes aquello de *Un bel morire tutta una vita onora.*

ANTOÑETE. — Sí, muy bonito, precioso.

CAPITÁN. — Pero no hay cuidado; llevaremos á López, que es un gran cirujano, y en caso desgraciado operará á usted ó le amputará lo que sea menester.

ANTOÑETE. — ¡Pues estaré yo bueno con una pata de menos!

CAPITÁN. — ¡Hombre..., no sea usted gallina! Y el gusto de decir luego: «Cuando yo me batí con Cacharrín...» Ya verá usted cómo le toma el gusto, y luego se bate usted con cualquiera por un quitame allá esas pajas, como me sucede á mí.

ANTOÑETE. — No lo creo; pero, en fin, no hay más remedio que hacer de la necesidad virtud.

FELIPITO. — El honor de *El Cosaco* lo exige.

CAPITÁN. — Ahora dejamos á usted. Tenemos muchos detalles que ultimar.

FELIPITO. — Y yo tengo que hacer un suelto sobre el particular para que el público se entere.

ANTOÑETE. — Adiós, pues, señores; pero si á última hora los de *El Congrio* presentaran sus excusas..., no hay tampoco que hacerse los Quijotes y extremar las cosas.

Gabinete con alcoba modestísimamente amueblado.

II

CACHARRÍN, escritor público deteriorado, y RUPERTA, su cara y ajamonada esposa.

CACHARRÍN. — Ya lo sabes: si fallezco, mejor dicho, si ese bruto de Antoñete me divide de un sablazo, mi testamento ológrafo lo hallarás en la sombrerera vieja que hay en la buhardilla. Todo te lo dejo á ti.

RUPERTA. — No digas esas cosas, esposo mío, que haces llorar á una vidriera. ¡Quedar yo viuda á los

veinticinco años de matrimonio, cuando todo nos sonreía!..

CACHARRÍN. — Y cuando *El Congrio* tenía ya 227 suscripciones efectivas. ¡Y todo por qué! Por cuatro frasecillas de esas que todos los días oyes decir por las calles sin que nadie se altere.

RUPERTA. — Además que con los achuchones aquellos que os disteis en Eslava estaban de sobra reparadas.

CACHARRÍN. — La culpa principal de todo esto la tienen esos majaderos de Centellas y Serafín, que lo han embrollado todo, y por darse pisto han charlado en el Círculo y en el Ateneo y han escandalizado la mar.

RUPERTA. — Como ellos no se han de batir; y luego, si tú, lo que Dios no permita, perecieras, tampoco han de amamantar al pequeñuelo...

CACHARRÍN. — ¡Tan mono como está con sus ho-yuelos de las viruelas!.. No me lo nombres, que me va á faltar el valor.

RUPERTA. — Y si yo fuera al Gobernador y se lo dijera todo, ¿no podría desterrar á Antoñete por unos cuantos años á Fernando Poo?

CACHARRÍN. — Sí, y á mí me desterrarían también Dios sabe dónde. Y si no, ¿quién no te dice que alguno de los redactores de *El Cosaco* no sale á la defensa de su director y me da un pie de paliza que me desloma?

RUPERTA. — ¿De modo que no hay más que dejar que te asesinen? ¡Ay, Dios mío, qué horrible situación!

CACHARRÍN. — No llores, vida mía, que me matas antes de tiempo.

RUPERTA. — Otra cosa se me ocurre; pero... lo malo es que nos pilla mal de dinero.

CACHARRÍN. — Como siempre. ¿Y qué es ello?

RUPERTA. — Fugarnos á Francia. Emigrar para siempre de este infame Madrid.

CACHARRÍN. — ¿Y qué vamos á hacer nosotros en Francia?

RUPERTA. — Pues otro *Congrio* como el de aquí.

CACHARRÍN. — ¡Pero si yo no sé una patata de francés! Ni siquiera sé cómo se dice *congrío*.

RUPERTA. — Entonces no me queda más remedio que enviudar del todo. (*Llorando.*) ¿Y de dónde voy yo á sacar para hacerme el luto?

CACHARRÍN. — Eso es lo que menos me importa.

RUPERTA. — Pues á mí no. ¡Egoísta! Mira: ¿sabes lo que se podría hacer? Coger yo al niño y arrojarme á los pies de Antoñete y suplicarle que admita toda clase de explicaciones. Creo que ante mis lágrimas no se negará, si es persona decente.

CACHARRÍN. — Eso es lo que no sabemos. Lo que sí sabemos es que es muy avestruz y que es fácil que te dé una puntera.

RUPERTA. — ¿A mí? No es fácil; le sacaba los ojos en menos que canta un gallo.

CACHARRÍN. — Lo creo, pero es impracticable; me tomarían el pelo los colegas. Como no se te ocurra otro medio...

RUPERTA. — Lo tengo, y superior.

CACHARRÍN. — Dímelo en seguida.

RUPERTA. — El duelo es á primera sangre, ¿verdad?

CACHARRÍN. — Sí.

RUPERTA. — Entonces te has salvado.

CACHARRÍN. — ¿Cómo? ¡Dilo, por Dios!

RUPERTA. — Oye. (*Le habla en voz baja.*)

CACHARRÍN. — ¡Bravo, magnífico, sorprendente! (*Se pone á cantar un vals; y cogiendo á su mujer por la cintura, la obliga á bailar con él, derribando el velador y las sillas que encuentra al paso.*)

Una huerta en las cercanías de «La Bombilla.»

III

Debajo de unas higueras y en el espacio comprendido entre una noria y un gallinero, ANTOÑETE, CACHARRÍN, EL CAPITÁN, FELIPITO, CENTELLAS, SERAFÍN (periodistas de medio pelo) y el DR. LÓPEZ, que fuma con calma una gran pipa, contemplando las evoluciones de una bandada de patos que se zambullen en un charco próximo. Varios labriegos asoman la cabeza por detrás de unos cañizos.

ANTOÑETE. — (*Aparte.*) Me divide por el eje al primer envite. No hay más que mirar lo satisfecho que está.

CACHARRÍN. — (*Aparte.*) A pesar de todo, no estoy muy tranquilo; no vaya á arrimarme un chafarotazo antes de que yo pueda preparar el golpe.

CAPITÁN. — Vamos, señores. No perdamos tiempo. Ponerse en mangas de camisa.

ANTOÑETE. — ¡Hombre..., nos vamos á resfriar con el fresquito que hace!

CAPITÁN. — Quién repara en eso, ¡mil truenos!, cuando de aquí á un instante tal vez esté usted más frío que un mármol.

ANTOÑETE. — ¡Pues vaya unos ánimos que usted me da!

FELIPITO. — Vamos, hombre, quítate el chaqué.

CACHARRÍN. — Esto se hace así. (*Se quita la levita y deja ver el chaleco con un enorme siete en la espalda. A su vista, Centellas, Serafín y el Dr. López sueltan la carcajada.*)

FELIPITO. — (*Cantando.*) «Tiene ventiladores por delante y por detrás...»

CAPITÁN. — ¡Doscientos mil pares de demonios fritos! ¿Qué es eso? (*Mirando el boquete del chaleco.*) ¡Cuerno! ¡Qué jabeque!

CACHARRÍN. — Esto es de otro desaffo, y no he querido que me lo cosan.

CAPITÁN. — Eso indica que los padrinos no conocían sus deberes. Hay que quitarse los chalecos también.

ANTOÑETE. — Si escapo del sable, lo que es la pulmonía la tengo segura.

(*Los combatientes se quedan en mangas de camisa y echándose miradas recelosas. Los padrinos conferencian un momento, y luego colocan á Antoñete y Cacharrín á distancia conveniente, entregándoles dos sables.*)

CAPITÁN. — Vamos, señores, á tomar una actitud arrogante y esbelta. ¡En guardia!.. ¡A la una..., á las dos...

ANTOÑETE. — (*Tembloso y agitado.*) Capitán..., Felipito, un momento.

CAPITÁN. — ¿Qué quiere usted?

ANTOÑETE. — Si muero en el acto, que no me hagan la autopsia. Oye, Felipito, al mozo de la cervetería le debo seis cafés y cuatro tostadas...

FELIPITO. — Ya se las pagará, no tengas cuidado.

CACHARRÍN. — ¡Pero, hombre, cuánta pamplina!

CENTELLAS. — Vamos, en guardia.

CAPITÁN. — ¡A la una..., á las dos..., á las...

CACHARRÍN. — ¡Eh, que yo aún no estoy preparado!

CAPITÁN. — Pero, señores, ¿es que no vamos á terminar nunca? ¡Atención! ¡A la una..., á las dos..., y á las tres!

(*Los adversarios se deciden á atacarse. Antoñete cierra los ojos y descarga dos mandoblazos al aire. Cacharrín contesta con otro tajo inofensivo, al mismo tiempo mete la mano en el bolsillo del pantalón, hace unas contorsiones ridículas agitando el sable al mismo tiempo, y cae al suelo dando un grito. Los testigos se precipitan hacia él.*)

CAPITÁN. — Pero ¿qué es eso? ¿Le ha tocado á usted? ¿Pero cómo diablos ha sido eso?

CACHARRÍN. — Estoy herido. Véanlo ustedes. (*Levanta la mano izquierda y enseña un corte en el pulgar, del que sale bastante sangre.*)



Patinadores en el Bosque de Bolonia de París, dibujo de S. Azpiazu

ANTOÑETE. — (*Con arrogancia*) ¡Por un poco no le abro en canal, porque tengo un brazo terrible para estos lances!..

SERAFÍN. — Doctor, ¿es cosa grave?

DR. LÓPEZ. — Ante todo, ponerle en pie. (*Entre todos levantan á Cacharrín, que se pasa la mano herida por la pechera de la camisa, llenándola de manchas de sangre.*)

FELIPITO. — ¡Qué roja es la sangre de congrio!..

DR. LÓPEZ. — Esto no es nada. Serafín, traiga usted agua.

CAPITÁN. — Señores, siendo el duelo á primera sangre, declaro el honor satisfecho.

CENTELLAS. — Archisatisfecho.

DR. LÓPEZ. — *Y tutti contenti.* (*Con el agua traída en un puchero por Serafín, lava la mano de Cacharrín, le coloca una tira de tela aglutinante, y mientras le lía un trapo le dice en voz baja:*) ¡Buena navajita, amigo! Cíerrela usted, no se le clave en el muslo.

CACHARRÍN. — No le entiendo á usted.

DR. LÓPEZ. — Pues yo le he comprendido á usted perfectamente, y creo que los demás también.

CAPITÁN. — Ahora un abrazo, amigos míos: son ustedes unos valientes.

FELIPITO. — A cual más bravo.

ANTOÑETE. — ¡A mis brazos, compañero!

CACHARRÍN. — ¡Con mil amores, querido colega! (*Se abrazan.*)

CAPITÁN. — Ahora procede...

DR. LÓPEZ. — Dispense usted, capitán; pero el almuerzo nos espera desde hace una hora en el *restaurant* de la Bombilla, y no es cosa de hacerle aguardar más.

Todos. — ¡Sí, sí; á almorzar, á almorzar!

FELIPITO. — Soy con ustedes al momento, en cuanto dé al chico de la imprenta el suelto que ha de aparecer en *El Cosaco* de hoy. (*Salen todos, y Felipito saca la cartera y escribe la consabida noticia, que comienza: «Examinando esta mañana unos sables en la huerta de la Bombilla los distinguidos señores..., etcétera, etc., etc.»*)

A. DANVILA JALDERO

CRÓNICA PARIENSE

Durante este largo y crudo invierno, el patín ha vencido á la bicicleta. En lagos y en ríos, en el *Palacio de Cristal* y en el *Polo Norte*, doquiera el hielo ofrecía una capa resistente y una superficie bastante lisa para el patinaje, han acudido á evolucionar en ella los aficionados á ese *sport*, que en París se cuentan á millares.

Y son dignos de señalar los contrastes que estas heladas pistas ofrecen merced á la diversidad del público que por ellas se desliza.

Todas son interesantes, pero ninguna tan bella como la del Lago Pequeño del Bosque de Bolonia, de que se halla apoderado el *Círculo de patinadores* y donde se reúne lo más selecto y elegante de esta sociedad cosmopolita.

Desde las diez de la mañana hasta las primeras sombras de la noche se ve el lago lleno de damas y caballeros entregados al patinaje con un entusiasmo tanto más ardoroso cuanto más fría está la atmósfera.

El pabellón de Armenonville es un excelente punto de vista, desde el cual muchos curiosos observan tan animado espectáculo.

Sobre el verde musgo, las patinadoras entregan con refinada coquetería sus lindos pies á las sirvientas encargadas de ponerles los patines. Con frecuencia las faldas se recogen más de lo necesario, y de todas partes convergen miradas codiciosas hacia el punto de tan seductora exhibición.

Detrás del cordón de curiosos asomados á la barandilla que rodea el lago brillan los ojos centelleantes de los braseros, cuyo humo va á confundirse con las brumas que cubren el cielo de flotantes gasas, bañadas de color de rosa por los pálidos fulgores de un sol septentrional, que al reflejarse en el hielo, le dan la apariencia de un espejo mágico, por el cual se deslizan hadas envueltas en ricos paños y en abrigos de pieles.

¡Sí, hadas en medio de una decoración de apoteosis; unas de rasgados ojos, llenos de tentaciones y promesas; otras de burlona sonrisa, capaz de desarmar al conquistador más osado; todas de flexible talla con ondulaciones de serpiente.

Si las observamos con detención, veremos señales de impaciencia, de despecho ó de melancolía en la generalidad de las que patinan solas, y veremos reflejada la satisfacción en el rostro de casi todas las que llevan compañero. ¡Cuántos idilios, comedias y dramas se inician ó desenvuelven en el *skating*! ¡Cuántos hombres cuentan nerviosos los minutos, procurando calmar su impaciencia con el aturdimiento de vertiginosas carreras, á través del aire glacial que araña el rostro!

Más de uno patina con el corazón tan frío como el hielo que tiene á sus pies, porque acecha en vano la llegada de la mujer á quien espera.



Patinadores en las inmediaciones de la iglesia de la Magdalena de París, dibujo de Salvador Azpiazu



Patinadores en el salón «Polo Norte» de París, dibujo de Salvador Azpiazu

Mas de pronto se estremece de emoción, electrizado por una intensa alegría que le inflama el pecho y le agita los párpados, al ver llegar, envuelta en pieles, ceñida en su vestido de paño obscuro, cubierto con una toca de marta cebellina, el pelo rubio desgredado como espuma de Champagne, la mujer con tanta impaciencia esperada.

Tiéndele su diminuta mano, murmurándole casi al oído:

— ¿He tardado?

Todas llegan tarde adrede, por el placer de causar con su presencia una emoción cuya intensidad está en razón directa con el tiempo que se han hecho esperar.

Ávidas de sensaciones intensas, se entregan con entusiasmo á ese deslizamiento embriagador que tiene para ellas inefable encanto.

En torno de ese cuadro interesante, el bosque parece lleno de misteriosa tristeza. El cierzo helado corre sin obstáculos por entre los desnudos árboles, cuyos erguidos esqueletos se dibujan en el cielo gris, por cima de la silueta oscura de los vecinos montes.

Y poco á poco, á medida que llega la tarde y cae el crepúsculo y se apagan los últimos resplandores del día, el espejo mágico se ensancha, el núcleo de patinadores se desgrana hacia los coches alineados detrás del chalet del tiro de pichón, y las enamoradas parejas que continúan evolucionando sobre el hielo, experimentan sensaciones divinas, como si deslizándose con la ligereza del pájaro, plegadas las alas en abrazo estrecho, marchasen en vertiginosa carrera hacia el infinito.

Alguna romántica, solitaria y melancólica, traza un nombre con los patines. ¿Escribirá mañana el mismo de hoy?

Por fin no queda más que una pareja. La mujer, con las manos crispadas en las del hombre, con los

párpados entornados, sin voluntad propia, indolente, se abandona al suave desliz sin pronunciar una palabra. No ofrecen sus labios más que esa mueca deliciosa que hacen las niñas cuando sonrían á los ángeles.

El se siente envuelto en efluvios amorosos, y daría la mitad de la existencia por retrasar aquella noche que se aproxima, por que no se encendiesen en el cielo las primeras estrellas que brillan para él como tristes lamparillas.

A ella se le figura despertar de un hermoso sueño; mas como encuentra el juego peligroso, se promete no volverlo á empezar.

Peró el invierno se prolonga, y la linda patinadora volverá con su alma inquieta, despreciando el peligro, á jugar con el amor, como una gatita con un ratón.

Y si el hielo natural se derrite en el Bosque de Bolonia, le quedará el hielo artificial del Palacio de Cristal y del Polo Norte, donde las damas más linajudas se confunden con las cocottes más zarandeadas.

Esa promiscuidad no entibia en las señoras del gran mundo su entusiasmo por ese género de sport. ¡Son tantas las que se aburren en París, unas abandonadas de sus maridos, otras impacientes por encontrarlo, todas atormentadas por la imaginación, en medio de esta sociedad en que todo lo correcto es acompasado y monótono, donde se critica á toda mujer que ofrece alguna originalidad, lo mismo que se murmura de toda la que no amolda su vida al patrón común!

Al menos en el skating gozan de una libertad parecida á la del pájaro, pudiendo apoyarse material y moralmente en un amigo, sin que nadie tenga derecho á murmurar.

Ni aun los sermones cuaresmales llenan la existencia diurna de las parisienses, y la pista de hielo ofrece un programa siempre imprevisto.

También se les presenta á veces el patinaje como espectáculo, al que asisten sin que en él tomen parte alguna.

El Palacio de Cristal ha introducido la costumbre de dar fiestas de ese género.

La última que ha celebrado ha sido espléndida. La sala, adornada con escudos y banderas, con hermosas plantas y profusión de flores, presentaba un aspecto fantástico.

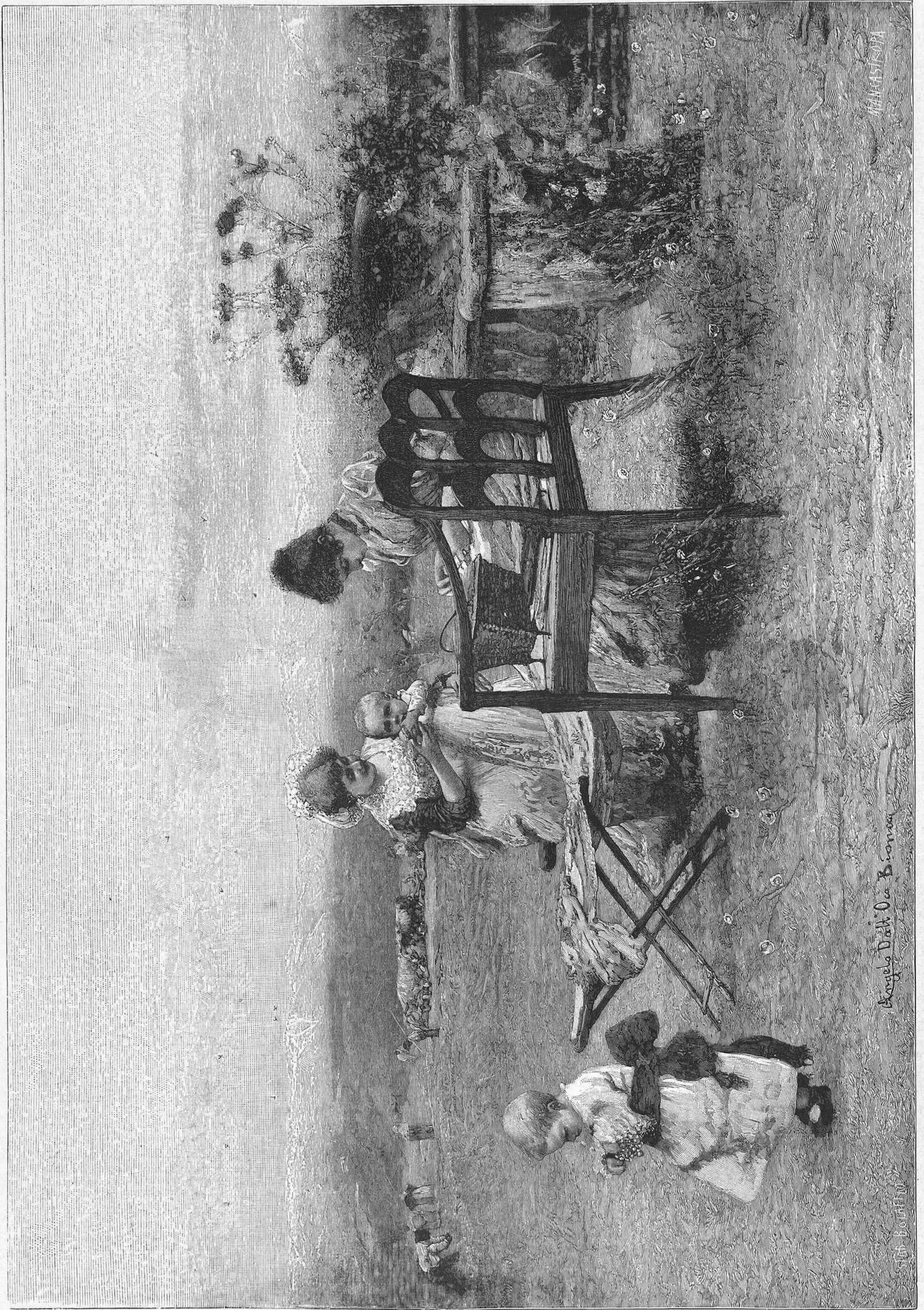
Lo más notable de la fiesta fueron los trineos, montados por bellísimas mujeres y tirados por nevados cisnes, y la batalla de flores, en la cual se bombardearon con bonitos ramos y bolas de nieve las más elegantes reclutas del batallón de Citerea.

Aquella misma noche fué detenida en el boulevard Barbés una infeliz muchacha que trataba de reclutar algún transeunte para su buharda desprovista de pan y de lumbre. Al llegar al cuartelillo de la calle Bochart-de-Saron, murió de resultados de una congestión causada por el frío.

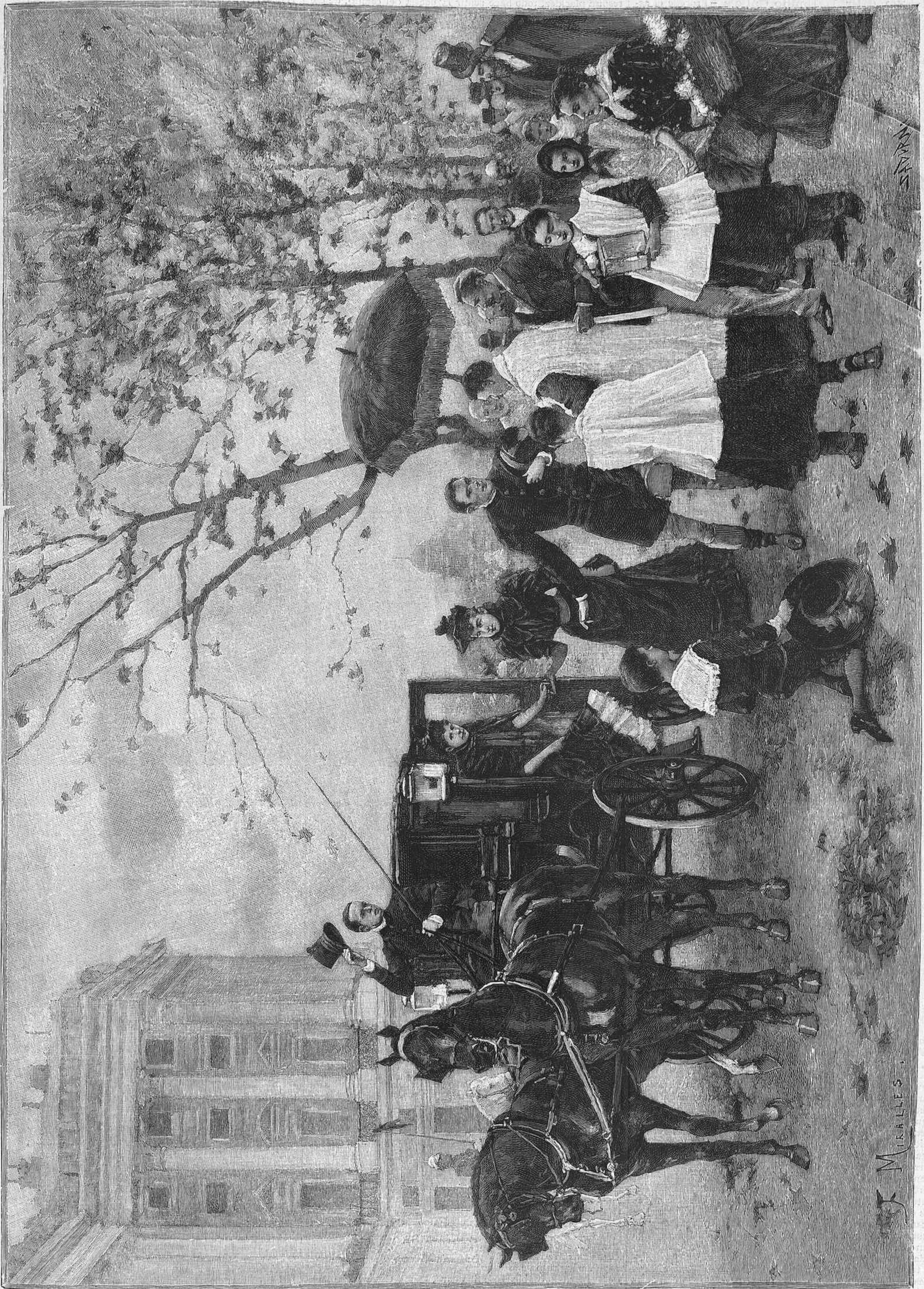
En esta ciudad de las grandes virtudes y de los grandes vicios, se prende á las miserables pecadoras que se deslizan á pie, y se cubre de oro á las que se deslizan en trineo.

JUAN B. ENSEÑAT

S. Azpiazu
Paris.



EN EL CAMPO, cuadro de Angel Dall'Oca Bianca



EL SANTO VIÁTICO, cuadro de F. Miralles, grabado por Sadurni

MIRALLES

SADURN

NUESTROS GRÁBADOS

El Excmo. Sr. D. Emilio Calleja —Procede el actual capitán general de la isla de Cuba del arma de infantería, desde la que pasó en 1857, siendo capitán, á infantería de ma-



EXCMO. SR. D. EMILIO CALLEJA, capitán general de la isla de Cuba

rina, prestando muy pronto sus servicios en las Antillas. Estuvo de guarnición, con el grado de comandante, en Santo Domingo, y después de distinguirse en la campaña contra aquellos insurrectos, fué trasladado en 1867 á Puerto Rico, coadyuvando á sofocar el levantamiento de Lares. Después de una breve estancia en la Habana regresó á la península, y al poco tiempo, en 1869, volvió á Cuba con el grado de coronel, luchando contra los separatistas tres años, al cabo de los cuales fueron sus valiosos servicios recompensados con el ascenso á brigadier. De vuelta á España combatió contra los cantonales en Cartagena y contra los carlistas en Castellón, en Valencia, y en el Norte con el empleo de mariscal de campo y después de haber sido agraciado con la gran cruz del Mérito militar. Terminada aquella guerra fué de segundo cabo á Cuba, en donde secundó eficazmente la obra de los generales Jovellar y Martínez Campos hasta la paz del Zanjón. Más tarde ascendió á teniente general, habiendo sido capitán general de Andalucía y de Castilla la Vieja, desde donde pasó á encargarse de la suprema jefatura de la isla de Cuba. Con motivo de las reformas políticas y sobre todo de la actual insurrección ha sonado mucho el nombre del Sr. Calleja y se han dirigido no pocos ataques á su personalidad. El entusiasta elogio que de él ha hecho recientemente en las Cortes un militar y un patriota tan ilustre como el general Martínez Campos es la mejor contestación que puede darse á las apasionadas acusaciones de que ha sido objeto el general Calleja, cuya hoja de servicios no puede ser más brillante; acusaciones que, si no otra cosa, cuando menos pueden llamarse extemporáneas, pues en circunstancias como las actuales se necesita más que nunca rodear al representante de España en aquella isla de toda la autoridad y darle toda la fuerza moral necesaria para que en breve pueda ser sofocada la rebelión y se estrechen más si cabe los lazos que unen á nuestra patria con aquella hermosa cuanto querida provincia, á la que con razón se designa como la perla de las Antillas.

El eminente historiador César Cantú. — El ilustre historiógrafo que acaba de fallecer en Milán ha sido indudablemente una de las más salientes figuras de nuestro siglo. Nacido en 5 de diciembre de 1804 en Brivio (Milanesado), educóse en Sondrio, y la pobreza de su familia le impulsó á abrazar la carrera sacerdotal, que abandonó al poco tiempo para encargarse de la clase de gramática en el Liceo de Sondrio primero y en el de Como después. A los veinticinco años trasladóse á Milán, en donde dedicóse á trabajos literarios que muy pronto llamaron la atención y que alternaba con los estudios históricos. Su obra *Reflexiones sobre la historia de la Lombardía en el siglo XVII* le valió ser procesado y encarcelado, escribiendo en la prisión su *Margarita Pusterla*, que después de *Los novios* de Manzoni es la más popular de las novelas italianas, y concibiendo el plan de la *Historia Universal* que tanta fama había de conquistarle y á la que puso mano en cuanto recobró la libertad. A esta siguieron otras obras históricas, como *Historia de los italianos*, *Historia de los cien años 1750 á 1850*, *Los herejes en Italia*, *Retratos de italianos ilustres y Caracteres históricos*; moralistas, como *Lecturas juveniles*, *La cartera de un obrero*, y una infinidad de trabajos histórico-literarios de no menos importancia. Sus obras, aun las más trascendentales, revisten una forma artística y en extremo amena, que hace agradable su lectura y fácilmente asimilables las provechosas enseñanzas que contienen. Su *Historia Universal* constituye un libro único en la literatura italiana; y teniendo en cuenta la época en que fué escrita y el caudal de estudios y de esfuerzos que significa el llevar á cabo tamaña empresa, merece ciertamente el dictado de monumento científico, aun cuando dadas las tendencias de la historiografía moderna, resulta deficiente por muchos conceptos y poco ajustada á las necesidades de los que en nuestros días al estudio de la historia se dedican, precisamente porque en obras de tal magnitud y de tan compleja índole es imposible que un solo hombre, siquiera sea un genio, pueda realizar con la amplitud y escrupulosidad debidas una labor que exige el concurso de muchos especialistas y tratar á fondo períodos y hechos á los que en otro tiempo apenas se daba importancia, y que hoy, por virtud de nuevos descubrimientos, han venido á ocupar primeros puestos en los anales de la humanidad.

En el campo, cuadro de Angel Dall' Oca Bianca. — Dificilmente puede conseguirse con más sencillos medios

un efecto tan intenso como el que con este cuadro logra producir el célebre pintor veronés Dall' Oca Bianca. Todo en él respira placidez, todo hace sentir la poesía del campo, de ese campo que el artista nos presenta envuelto en la luz indecisa del crepúsculo vespertino, en la hora en que los labradores terminan su faena y se disponen á regresar á sus modestos hogares. Además de estas bellezas, que podemos llamar de conjunto, tiene este lienzo otras muchas no menos dignas de alabanza, mereciendo especial atención el bien dispuesto grupo del primer término, cuyas figuras están primorosamente trazadas.

El Santo Viático, cuadro de F. Miralles. — Ni este precioso é interesante cuadro necesita explicación, ni hemos de prodigar nuevos elogios al autor, á quien tantas veces hemos justamente alabado. La escena que el pintor representa en la plaza de Oriente de Madrid, delante del Palacio real, ha ocurrido repetidas veces, pues no hay dama ó caballero que de cristianos se precien, que al ver á pie al sacerdote llevando el último auxilio de la religión á un moribundo, no se apeen del coche y no se sientan orgullosos de que se digne ocuparlo el Rey de cielos y tierra. De la ejecución de la obra nada diremos, primero porque sus muchas bellezas saltan á la vista, y segundo por no repetir lo que en tantas otras ocasiones hemos dicho del pincel, como pocos elegante, del Sr. Miralles.

Vendedora de higos chumbos en Granada, cuadro de Cecilio Pla. — Al igual de los demás lienzos que de este distinguido pintor hemos reproducido recientemente, recuerdo de su excursión veraniega á la antigua capital de los monarcas naziritas, tiene el sello de la localidad, que se observa así en los pormenores como en la variada brillantez de tonos que tanto encanto ofrecen en la tierra andaluza.

La vendedora de higos chumbos es trasunto del natural, debe considerarse como fidelísima copia de uno de los tipos populares granadinos, irrecusable testimonio de lo que aún resta, al cabo de cuatro siglos, de aquel pueblo cuya poderosa savia aún germina á pesar de ser distintas la época y la sociedad.

Notable es el estudio que nos ofrece en su lienzo Cecilio Pla, así por la exactitud del tipo como por la gallardía de la ejecución.

Ismail-Bajá, ex jedive de Egipto. — El quinto virrey de Egipto de la dinastía de Mehmet Alí, que ha fallecido recientemente en Constantinopla, había sido educado en Francia, y á su advenimiento al trono, en 1863, era considerado como un príncipe sabio, económico y administrador, y sin embargo á los diez y ocho años de su reinado, Egipto, que al morir su antecesor Saíd tenía sólo una pequeña deuda, llegaba á tal estado de ruina que las potencias europeas hubieron de ponerse de acuerdo para destronar á Ismail. Este fué el primer virrey egipcio que obtuvo el título de jedive, que le concedió la Sublime Puerta á cambio de unos cuantos millones; también le costó una cantidad importante obtener el derecho hereditario directo para sus descendientes personales. Durante su reinado el territorio egipcio aumentó con la adquisición de Darfur, las



ISMAIL-BAJÁ, ex jedive de Egipto

provincias ecuatoriales y la región de los grandes lagos. El hecho de ir unido á la apertura del Istmo de Suez ha dado fama á su nombre, y el recuerdo de las maravillosas fiestas celebradas con motivo de la inauguración del canal presentará siempre al entonces virrey de Egipto como soberano fastuoso, siquiera obrara en ello impulsado, más que por otra cosa, por su vanidad.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — DUSSELDORF. — El Club de San Lucas ha celebrado en el Salón Schulte su correspondiente exposición anual, que si en número de obras resulta inferior á la del año pasado, no lo es en cuanto á la valía de las mismas. Entre los principales expositores merecen citarse Arturo y Eugenio Kampt, A. Frenzt, T. Rocholl, G. Janssen, O. Jernberg, Wendling y Liesegang.

LONDRES. — En la Real Academia se ha celebrado la exposición de obras de los antiguos maestros correspondiente al presente invierno, que resulta muy superior á las celebradas en años anteriores. Entre los cuadros de pintores ingleses figuran los magníficos retratos y un cuadro religioso de Josuah Reynolds, los de Jorge Romney y Enrique Raeburn, un lienzo de Gainsborough, dos muy interesantes de Juan Zoffany (*Interior de la Galería de Florencia* y *Clase del natural en la Academia en 1772*), un retrato de Guillermo Dobson y bellísimos paisajes de Turner, Constable, José Stannard, David Cox y Jorge Morland; las escuelas española, italiana y flamenca están admirablemente representadas por obras de Velázquez, Murillo, Tiziano, Giorgione, Tintoretto, Van Dyck, Jordaens, Rubens, Rembrandt, Wouverman, Dow, Terburg, Lely y Jan van de Capelle.

Estas obras han sido facilitadas por la reina de Inglaterra, la condesa de Camperdown, el duque de Westminster, sir Carlos Tennant, el marqués de Bristol, lord Darnley, John Millais, el duque de Devonshire y otros notables coleccionistas.

MUNICH. — Los secesionistas celebrarán durante el presente año las siguientes exposiciones: en Munich, desde el 15 de marzo hasta fines de abril; en Stuttgart, desde principios de marzo hasta mediados de abril; en Berlín, en la gran exposición internacional, desde 1.º de mayo á fines de septiembre, y en Munich, con ocasión de la exposición internacional de verano, desde 1.º de junio á fines de octubre.

ROMA. — El célebre asunto del príncipe Sciarra, á quien se procesó en Roma por haber vendido su famosa colección á extranjeros, contra lo dispuesto en el antiguo edicto Pacca, ha sido definitivamente resuelto de una manera inesperada. Sabido es que el príncipe, deseando enajenar su colección, la ofreció al gobierno italiano, el cual no quiso adquirirla: en vista de ello, el príncipe vendió una parte de aquélla á los Sres. Rothschild y Hirsch, de París, produciendo este suceso gran impresión en Roma. Incoado el proceso, el tribunal condenó al príncipe á tres meses de cárcel y á pagar 5.000 francos de multa y 1.260.000 de indemnización, cantidad esta última que el tribunal de apelación romano rebajó á medio millón de francos. Llevado el asunto al tribunal de casación, éste lo envió al tribunal de apelación de Ancona, el cual ha condenado únicamente al príncipe Sciarra al pago de una multa de 18.000 francos, que ni siquiera ha tenido que pagar aquél, porque el delito viene comprendido en la amnistía de 1893. ¿Cuáles serán las consecuencias de este fallo? Fácil es adivinarlo, y de fijo que antes de poco pasarán al extranjero muchos de los tesoros artísticos que en Italia se conservan.

BRESLAU. — El célebre pintor Hermán Prell ha terminado los frescos para el Museo Silesio, que se reputan como una de las más importantes creaciones del arte decorativo moderno y que completan la ornamentación de la magnífica escalera de aquel edificio. La cúpula que cierra la caja de la escalera ha sido pintada por Schaller, el cual ha agrupado alrededor de un genio que arroja flores varias figuras simbolizando los comienzos de la civilización. Prell ha representado en sus dos frescos la antigüedad clásica y la época cristiana: en el centro del primero está Apolo cautivando á los hombres con su canto; á la izquierda Paris entrega la manzana á la diosa de la belleza, y á la derecha un joven sujeta á Pegaso, que ha de conducirle á las claras regiones del mundo de la poesía; en el centro del segundo se ve á Jesucristo sobre la fuente del Paraíso, que rodean ángeles y hombres que ansían la redención; á un lado San Jorge dando muerte al dragón y al otro Beatriz conduciendo á Dante.

BERLÍN. — Entre las recientes adquisiciones hechas para los museos berlineses figuran: un busto de la *Virgen en oración*, de Alberto Durero, pintado por éste en 1518 y procedente de la colección Morosini-Gatterburg, de Venecia; un cuadro de los pocos que pintó el famoso pintor de Amsterdam Simón Luttichnis; un precioso busto un mármol de Mino da Fiesole, legado por el coleccionista Hainauer; un paisaje de bosque de A. Lucas; la gran acuarela de Bartel, *La inundación*, y varias acuarelas y dibujos de Cornelius, Genelli, Kaulbach, Wislicenus, Carlos Muller y L. Spangenberg.

— En la tercera exposición que en el salón Schulte ha celebrado la asociación muniquense de los *Veinticuatro*, han llamado con justicia la atención la *Huida á Egipto*, de Uhde; *La tarde*, de Keller-Rentlingen; dos cabezas de mujer, de Stuck; *Hermana dichosa*, de A. Keller; los retratos de Lepsius y José Block; los interesantes cuadros de Borchardt, G. Kuhl, Habermann, Vetter, Exter, Thomas, Benno Becker y Landenberger, y las hermosas esculturas de Hugo Kaufmann, H. Hahn y Flossmann.

— Ha sido nombrado individuo de número de la Academia de Bellas Artes berlinesa el pintor español D. José Villegas.

Teatros. — En el teatro de la Ciudad, de Magdeburgo, se ha estrenado con gran éxito una ópera en un acto de Godofredo Grunewald, titulada *Astrella*, cuya música entra de lleno en las tendencias modernas y abunda en hermosos efectos.

— En Nuremberg y en Hamburgo se ha cantado con gran aplauso la última ópera de Massenet *La Navarraise*.

— En el teatro Alemán, de Berlín, se ha representado con muy buen éxito el nuevo drama en tres actos de Ibsen, *El pequeño Eyolf*, que pocos días antes se había estrenado en Cristianía. También en Amsterdam ha sido muy aplaudida esta última producción del dramaturgo noruego.

— En Palermo ha sido muy aplaudida una ópera de Bimboni, titulada *Santuzza*, que es una continuación de *Cavalleria rusticana*.

— Se ha estrenado en Milán la última ópera de Mascagni *Ratcliff*; las opiniones andan muy divididas acerca de la valía de los dos primeros actos, pero están unánimes en señalar el tercero como conjunto de bellísimas piezas musicales, entre las que sobresalen el preludio y el final, que produjeron gran entusiasmo. En general parece que los pasajes líricos están bien trazados, resultando en cambio deficientes los esencialmente dramáticos.

— En el teatro de la Moneda, de Bruselas, se han estrenado con buen éxito dos nuevas óperas: *Francesca de Rimini*, de Pablo Gilson, y *L'enfance de Roland*, de Eusebio Mathieu, cuya música, admirablemente instrumentada, pertenece al género wagneriano.

— En el teatro de la Scala, de Milán, ha obtenido gran éxito la ópera de Saint Saens *Sansón y Dalila*, que hace algunos años había sido acogida muy fríamente por el mismo público.

Necrología. — Han fallecido:

Eugenio Benjamín Fischel, pintor de género francés.

Francisco José Lanth, notable egiptólogo alemán y conservador de la colección egipcia de Munich.

Francisco Podesti, célebre pintor de historia italiano.

Reginaldo Stuart Poole, profesor de Arqueología de la universidad de Londres, y uno de los más elevados funcionarios del Museo Británico, bajo cuya dirección se hizo el importante catálogo de la sección numismática del mismo.

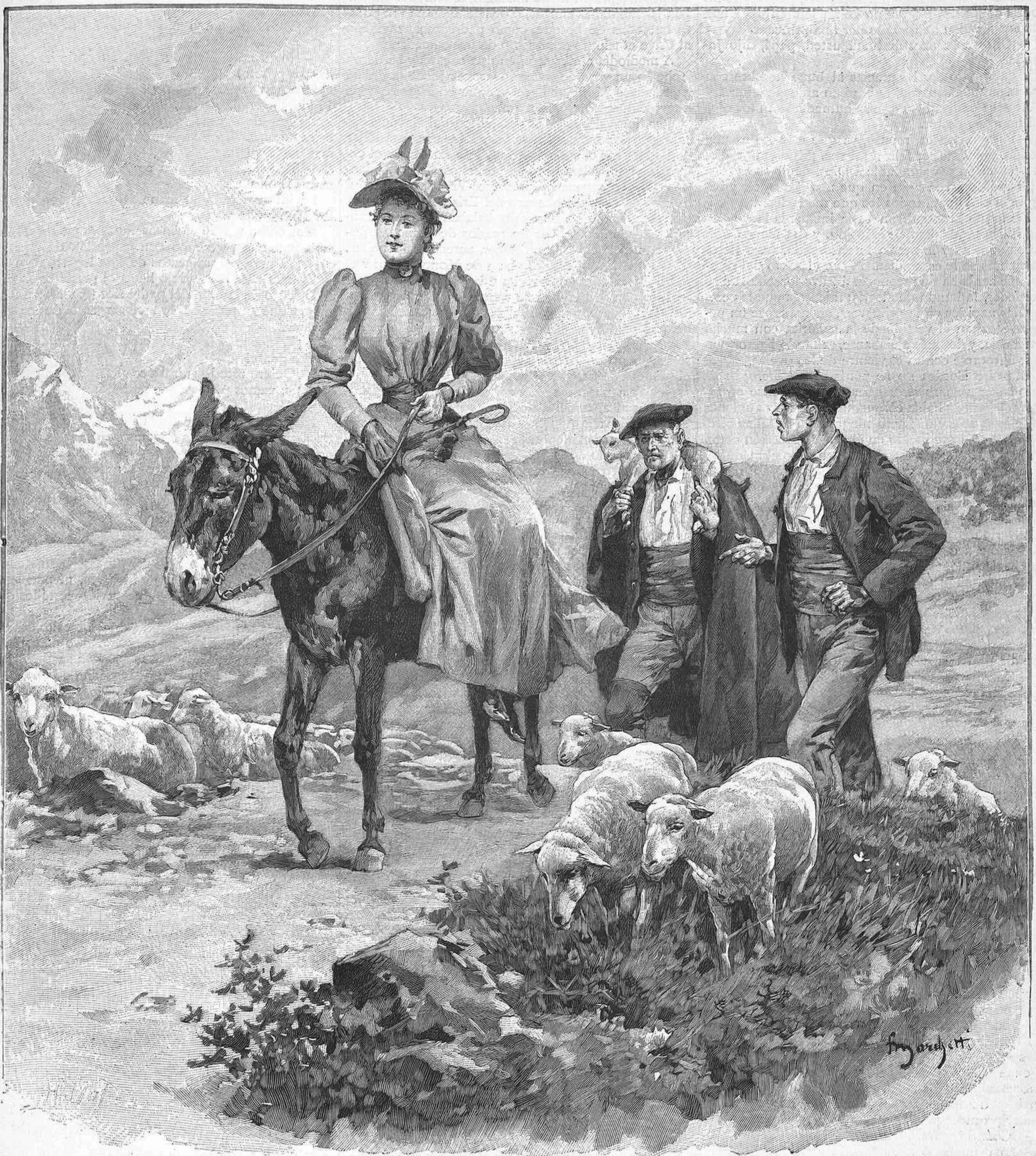
Juan Evangelist Riedmuller, escultor alemán.

Adolfo Schreyer, pintor de animales y batallas alemán.

Juan Federico Vogel, uno de los más notables grabadores de Alemania.

Hugo Barthelme, pintor de historia muniquense.

José Valentín, pintor alemán.



El pastor Montguillem, llevaba sobre sus hombros un cordero herido

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Era un hombre alto y moreno, de hombros caídos y de rostro completamente afeitado.
 — ¡Dios le guarde á usted, padre!, dijo el montañés. ¿No me reconoce usted ya?
 — ¡Eres tú, Silverio!, exclamó el pastor. ¡Diantre! ¡La verdad es que no te conocía con ese traje de caballero! ¿Y quién es esa linda señorita á quien das la mano?

— Es la nueva hija de usted, padre, contestó Silverio; es la señorita Jacobita Marcadieu, la sobrina del padre Bordes, aquí presente, y que será mi esposa si usted lo tiene á bien.

El pastor enmudeció de asombro; contempló aquella joven tan fresca y hermosa y tan engalanada, cogida de la mano de Silverio, y sus ojos expresaron gran confusión.

— ¿Es eso verdad?, preguntó al sacerdote, á quien acababa de reconocer. ¿Es cierto lo que este muchacho me cuenta?

— Es la pura verdad, papá Montguillem, contestó el eclesiástico, y hace dos días que corremos en busca de usted para que consienta en este casamiento.

— ¡Oh Dios, en quien yo creo!, exclamó el pastor. ¿No se burlan ustedes de Francisco Montguillem,

Marchetti

pastor del país de Bigorre?.. Señorita, no, no; yo no podría consentir, porque no osaría llamar hija á una persona á quien he tomado por una princesa.

— ¡Oh! Ya se acostumbrará usted, papá, dijo Jacobita.

Y queriendo dar las gracias al buen hombre con una ingenua galantería, le besó en ambas mejillas.

Aquella caricia hizo que se humedecieran los ojos del honrado pastor.

— Pues entonces, repuso, ya que esto no es una ilusión, dejadme ser feliz á mi vez. ¡Hijos míos, que vuestra unión sea agradable á Dios, como lo es para mí; bendita sea la hora en que nos hallamos, y benigno el cielo para todos los que me rodean!

Francisco Montguillem tenía inclinada la cabeza; sus labios temblaban de emoción, y sus manos quisieron continuar la media interrumpida, pero todos los puntos se le escapaban. *Pigou*, el perro del rebaño, que acababa de reconocer á Silverio, saltaba á su alrededor, ladrando de alegría; mientras que los corderillos nacidos en la primavera, acercándose un poco, olfateaban el vestido de la señorita con mucha prudencia, y después alejábanse, saltando ligeros, para ir á frotarse contra el vientre de las ovejas.

El padre Bordes no se ponía el sombrero; había oído hacer algunas demandas de casamiento en salones elegantes; había consagrado numerosas uniones en iglesias solemnes; pero ninguna de aquellas ceremonias había producido en él tanta impresión como los rústicos desposorios hechos á la sombra de un castaño por un pastor de corazón sencillo, ante aquellas hermosas montañas, donde los pueblos, las praderas y los bosques escalonábanse con tintas armónicas hasta la nieve de las cimas.

Silverio mostró los carneros de su padre á Jacobita, y dióle á conocer á *Bigorre*, el asno venerable, que hacía muchos años iba siempre á la cabeza del rebaño, ó conducía á su amo rendido de fatiga por los caminos de la llanura y los escabrosos senderos de la montaña. A Jacobita le complació pasar la mano por el lomo de los corderos, señalados por una cruz azul, y sobre el cuello del venerable *Bigorre*, que dirigía hacia ella sus largas orejas inquietas.

— Conque padre, dijo Silverio, ¿volverá usted esta noche á Gargos?

— Sí, pequeño, y si quieres haremos el camino juntos.

— Y yo, preguntó Jacobita, ¿tengo permiso para seguirles?

— ¡Oh, señorita, usted se cansaría demasiado!

— Soy más valerosa de lo que á usted le parece, contestó la joven; y por otra parte, ¿no tendré á *Bigorre* para conducirme, si es que el asno se digna llevarme de vez en cuando?

— Señorita, contestó el pastor, *Bigorre* no se habrá visto nunca tan honrado, y si tiene buena crianza, soñará en ello toda la noche.

Al oír esto, Jacobita saltó sobre el asno sin el menor cumplido; el cuadrúpedo, que sabía su deber, tomó al punto la dirección de Gargos, y el rebaño, balando en todos los tonos, se reunió para emprender la marcha en pos de su compañero.

— ¿Y yo?, preguntó el padre Bordes. Me parece que me olvidan un poco.

Jacobita y Silverio protestaron, como era justo.

— ¡Buena, buena!, replicó el sacerdote; volved como queráis. Yo regresaré á Argelez con el coche; pues debo ver á mi notario para hablar del contrato y reunir los documentos necesarios para publicar las amonestaciones. Tú, Silverio, cuídate de obtener las partidas de nacimiento y de bautismo. ¡Es preciso acabar pronto!. ¡Vamos, buen viaje!

— ¿Cuándo volverá usted, padrino?

— Esta noche, ó mañana á primera hora lo más tarde. Almorzaremos todos juntos en el presbiterio. Te espero sin falta, Silverio, y á usted también, papá Montguillem. Jacobita, tú avisarás á Poupotte. ¡Hasta mañana!

El sacerdote subió al coche, y los novios se alejaron con los carneros de la cruz azul.

¡Qué dulce fué para ellos aquella tarde! Llegaron á orillas del Gave, cuyas aguas jugueteaban con las rocas de su lecho; el valle se estrechaba poco á poco, y muy pronto las montañas eleváronse más sombrías y más áridas, obligando al camino á someterse á todos sus caprichos; mientras que el sol aparecía ó desaparecía á cada recodo, como si jugase al escondite con los enamorados. A veces, una roca suspendida sobre el camino parecía atraer al rebaño, mostrándole una mata de hierba verde entre dos piedras, y entonces algún carnero intrépido, levantando la cabeza, alcanzaba la peña en cuatro saltos, arrancaba la mata verde con ávidas fauces, y después descendía presuroso para evitar las advertencias del perro *Pigou*.

Silverio y Francisco departían andando. El hijo refería al padre las peripecias de la amorosa aventura,

hablando también de su felicidad, mientras franqueaban las montañas amigas, cuyas pendientes, tan pronto cubiertas de bosque, como pedregosas, enviaban al Gave el tributo armonioso de mil cascadas.

A mediodía almorzaron en una cabaña y bebieron leche en un vaso de estaño. Después Jacobita obligó á Francisco Montguillem á montar en *Bigorre*, y de nuevo emprendieron la marcha.

Dos horas después, el desfiladero del Gave se ensanchaba; las montañas parecían alinearse para dejar que penetrase el sol en una verdosa cuenca, y el camino apareció flanqueado de esbeltos álamos, mientras que el campanario de Aigues-Vives se destacó á lo lejos en el fondo oscuro del Erizo. El rebaño iba más de prisa; todas las ovejas balaban ante sus cansados corderillos; al ver los prados de Gargos, *Bigorre* levantó la cabeza con placer, pareciendo que sus ovejas querían humillar al pico de Montmirail; y el perro *Pigou* corría á derecha é izquierda, mostrando su celo con ladridos muy suaves, para expresar su alegría de cuadrúpedo á la vista del país natal. Ningún carnero pacía ya, y todos se apresuraban, haciendo resonar sus campanillas. De repente giraron á la derecha, como un batallón que maniobra, para tomar el sendero de Gargos.

— Voy á buscar á *Morrudo*, dijo Silverio á Jacobita. Les alcanzaré á ustedes muy pronto.

Y corrió hacia Aigues-Vives.

Siempre que el montañés se alejaba de Gargos conducía á su mulo á la casa de un ganadero del pueblo, que guardaba los animales y les daba de comer por una peseta diaria.

Silverio fué á buscar su mulo, le encontró en medio de la cueva y montó en él para volver á reunirse con el rebaño. Las ovejas corrían; Jacobita y Francisco á duras penas podían seguirlos; los carneros viejos se internaban en senderos transversales, saltando en medio de las rocas, hacia el caserío, y *Bigorre*, olvidando su acostumbrada gravedad, creyó de su deber rebuznar en un tono de los más líricos.

— ¿No te da vergüenza hacer eso delante de la gente?, gritó Silverio, dirigiéndose al animal.

El pastor Montguillem llevaba sobre sus hombros un cordero herido. Varias ovejas, cuyos hijuelos estaban cansados, quedábanse atrás; al ver á sus compañeras correr esforzándose á veces para seguirlos, y avanzaban atrevidamente; mas al oír el llamamiento angustioso de los corderos que habían quedado solos, volvíanse para reunirse con ellos otra vez, reanimábanlos con algunos tiernos balidos, y consentían en esperar, renunciando á la alegría de llegar las primeras ante la casa de los Montguillem.

Y Jacobita sonreía á los buenos corderos, y hubiera querido pararlos á todos, hablándoles de mil cosas confusas en una lengua indeterminada y conmovedora como sus balidos.

La comitiva llegaba ya á los últimos senderos de Gargos, y al volver la cabeza, Jacobita reconoció la Coronada soberbia, Praderes con sus campos, el Erizo cubierto de pinabates, el pico de Montmirail al Nordeste, las Torres nevadas de Bille-de-Neou al Sudeste, y por último, al Norte, el valle de Argelez, con las llanuras azuladas que iban á perderse treinta leguas más allá, en una línea serena como el mar.

Entonces Jacobita dijo á Silverio:

— ¡Qué digna de compasión era yo la última vez que trepé por esa cueva! ¡No le conocía á usted!. ¡Hay personas que son muy desgraciadas sin saberlo!

— ¿No lo sería un poco en aquel momento la novia de Silverio Montguillem?..

— ¡Calla!, exclamó el montañés. ¿Qué hay allá arriba?

Jacobita miró hacia el sendero superior, y pudo ver una considerable multitud en medio de los pinabates.

— ¿Por qué habrá allí tanta gente?, preguntó á su vez.

— ¡Acerquémonos!, dijo Francisco Montguillem.

Los tres avanzaron aceleradamente.

Unas treinta personas estaban en el sendero; eran vecinos de Gargos y de Aigues-Vives.

Jacobita fué la primera en llegar junto á ellos, pero retrocedió de pronto.

— ¡Oh, sangre!, exclamó.

— ¡Calla, pues tiene razón, sangre es!, murmuró Silverio, al ver un charco de color oscuro á orillas del arroyo.

— ¿Pues qué ha pasado aquí?, preguntó el viejo pastor, dejando su cordero en el suelo.

Entonces Augusto, el niño de coro, que estaba naturalmente en un grupo, les dijo que Laroque había sido asesinado en aquel sitio la noche anterior.

— ¿Laroque el contrabandista?, preguntó Silverio.

— ¡Dios mío!. ¿Quién puede haber cometido tal crimen?

— Nada se sabe aún. Allá arriba está el juez con los gendarmes.

Entretanto Jacobita palidecía al ver aquella sangre derramada.

— ¡Vámonos, tengo miedo!, dijo á su novio.

— ¿Miedo de qué?

— No lo sé... Tengo el corazón oprimido... ¡Vámonos pronto!

Sus piernas flaqueaban, y fué necesario sostenerla. Pronto llegaron á la primera casa de Gargos, que era la de los Montguillem; junto á la puerta abierta, el tísico, demacrado y risueño, miraba entrar las últimas ovejas.

— Jacobita, dijo Silverio, aquí tiene usted á mi hermano Emilio.

La joven ofreció su mano fría al primogénito de los Montguillem.

Mas como viese gendarmes ante la puerta de una casa inmediata, exclamó con expresión de espanto:

— ¡Vámonos..., salgamos de este lugar!

El montañés la condujo hacia el presbiterio.

Delante de la casa del padre Bordes vieron á Roumigas, que se paseaba con el sargento de los gendarmes.

— ¡Vamos más lejos, baluceó Jacobita; huyamos de esa gente!

— ¿Quiere usted venir á ver nuestra cascada?

— ¡Sí, vamos pronto; así estaremos más lejos de esa sangre!

Pasaron por delante de la iglesia, y Silverio mostró á su compañera las mejoras que se habían hecho en aquel sitio. Hízole ver el puente, los cimientos de la casita, la cerca de madera levantada por Artigue-nabe, y por último la condujo al pie de la nueva cascada, cuyas aguas espumosas caían con estrépito formando tenue bruma.

Pero la joven estaba distraída; no podía menos de pensar en aquel crimen, sobre todo después de haber visto al sargento de gendarmes pasarse con Roumigas. No veía objeto alguno, ni cerca, ni puente, ni cascada, y no parecía sino que tuviese ante los ojos aún el charco de sangre.

— Yo vuelvo á casa, Silverio, dijo; necesito descansar. Ya me enseñará usted todo eso otro día. ¡Hasta después! Conduzca usted á *Morrudo* á su domicilio, y déle de mi parte una buena brazada de heno.

Y estrechando la mano del joven, se dirigió después hacia el presbiterio.

Silverio condujo su mulo á la gruta y volvió á salir; eran las cuatro. Al pasar por delante de la iglesia encontróse frente á frente con Roumigas, que al ver al hermano de Emilio Montguillem se estremeció á pesar suyo.

— ¡Hola!, exclamó. ¿Ya has vuelto de Pau?

— Sí, Sr. Roumigas.

— ¡Vamos, tanto mejor!. ¿Sabes lo que ha sucedido?

— Acaban de decírmelo.

Silverio se inquietaba poco por el asesinato de Gargos. ¿Podía él pensar en otra cosa más que en su dicha? Recordó las recomendaciones que el padre Bordes le había hecho al pie de la montaña de Soulom, y como no sabía bien á quién debía dirigirse para obtener su fe de bautismo, apeló á las luces de Roumigas.

— Señor, dijo, permítame usted pedirle un informe.

— Estoy á tu disposición, muchacho.

— Usted es adjunto del alcalde de Aigues-Vives, y en calidad de tal podrá darme sin duda un buen consejo: necesito mi fe de bautismo, y no sé á quién debo pedírsela.

— Yo mismo puedo proporcionártela, pues mañana he de ver al secretario de la alcaldía. ¿En qué papel la quieres?

— No entiendo de eso, Sr. Roumigas.

— ¿Qué uso has de hacer de ese documento?

— Lo necesito para mi casamiento.

Los ojos de Roumigas brillaron bajo sus espesas cejas.

— ¡Para tu casamiento!, exclamó.

Y miró con fijeza al guía, como si esperase su contestación; pero después volvió bruscamente la espalda.

— Ven á mi casa, le dijo, y te informaré sobre todo eso.

— Bien, señor, contestó Silverio, siguiendo los pasos de Roumigas.

Avanzando rápidamente llegaron al jardín, pasaron bajo los manzanos sin flor y entraron después en la cocina.

— ¡No estoy para nadie!, dijo Roumigas á su criada.

Y empujando á Silverio hacia su gabinete, cerró las puertas, ofreció una silla al joven, y sentóse delante de su escritorio. Cuando hubo arreglado algunos papeles que estaban en desorden, volvióse de pronto hacia Silverio.

— ¿Sabes tú, preguntóle con dureza, quién ha matado á Laroque?

— No, Sr. Roumigas.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

— Pues ha sido tu hermano.

Silverio se estremeció, pero no dijo una palabra, y miró al hechicero con terror.

- ¡Oh, señor!, balbuceó después de haber empujado de asombro un momento. ¿Qué ha dicho usted? ¿Mi hermano, mi hermano Emilio?..

- Ha matado á Laroque anoche á las diez, co-siéndole á puñaladas.

- ¡Ah! ¡No es posible, Sr. Roumigas! Emilio es incapaz de cometer un crimen. Si alguien ha asesinado á Laroque, estoy bien seguro de que no ha sido mi hermano.

- Pues tu hermano ha sido, yo lo he visto.

- ¿Usted?

- Yo.

- ¡Ah, Dios mío!

Silverio se había levantado; estaba lívido, y sus facciones se descomponían por el horror.

- ¡Oh! Tranquilízate, dijo Roumigas, pues solamente yo sé eso. A tu hermano no se le ha molestado hasta ahora, y puede ser que no se le moleste nunca.

- ¿Conque es verdad?, replicó Silverio. ¿Conque no me ha dicho usted eso solamente para amedrentarme? ¿Usted ha visto á un hombre matar á Laroque, y este hombre era mi hermano?.. ¡Vamos, señor Roumigas, no diga usted eso!.. ¿Cómo hubiera usted podido reconocerle á las diez de la noche? Es evidente que ha confundido á mi hermano con otro. ¡Hay tantos individuos que se parecen á Emilio!

- Puesto que eres incrédulo, voy á darte pruebas. Anoche regresaba yo á Aigues-Vives á eso de las diez, y en el último sendero oí voces de socorro. Precipitéme corriendo hacia el sitio, pero llegué demasiado tarde; tan sólo pude ver un hombre tendido en tierra; el infeliz agonizaba en medio de un charco de sangre, y al inclinarme reconocí á Laroque. Poseído de espanto, miré á mi alrededor, y aguzando el oído percibí un rumor de pasos por la parte de Gargos. Me lancé en aquella dirección para alcanzar al culpable, y entonces pude reconocer á tu hermano; le vi entrar en su casa, y salir pocos minutos después, llevando sus ropas y su navaja para enterrarlas en la montaña. Yo le seguí sin que él lo sospechara; de modo que conozco el sitio donde abrió el hoyo. Ahora, para convencerte más, te daré las señas del arma y de la ropa: la primera es la navaja de que te servías algunas veces para fabricar tus rucacas; la ropa consiste en ese pantalón y esa chaqueta de cutí azul que tu hermano llevaba aún estos últimos días. Ya comprenderás que no hay error y que estoy bien informado.

Silverio vacilaba; sus estremecimientos eran cada vez más fuertes. Roumigas temió verle caer en el suelo.

- ¡Eh, muchacho! ¿Por qué afectarte de ese modo? ¡Nada tienes tú que ver con ello, qué diantre! No puedes ser tú responsable de los actos de tu hermano, añadió, empujando al joven hacia un sofá. ¡Siéntate y recobra el espíritu! Ahora es preciso que hablemos un poco.

Silverio se dejó conducir como un niño; seguía mirando á Roumigas con ojos de terror, y no sabía qué decir ni qué hacer. Estaba aturdido por la violencia del golpe.

Sin embargo, Roumigas se paseaba por su gabinete con las manos á la espalda, hasta que al fin, después de algunos instantes de silencio, cogió una silla y fué á sentarse frente á Silverio.

- Muchacho, dijo, hubiera querido ocultarte todo esto; sé que tu hermano es un asesino, pero tú eres un hombre honrado, te aprecio mucho y me inspiras la más sincera simpatía. Me hubiera complacido en extremo ahorrarte el pesar que ahora te aflige, y sin duda comprenderás que para hacerte una confidencia de este género tenía razones muy graves.

Silverio se estremeció, temiendo una nueva desgracia.

- Me has dicho antes, continuó Roumigas, que debías casarte. Ya sé con quién, pues el padre Bordes me lo ha notificado: con la señorita Jacobita Marcadiéu. Pues bien, amigo mío, ya comprenderás que no hay que pensar en ese casamiento.

Silverio no contestó; con ojos extraviados seguía mirando el rostro cetrino del Sr. Roumigas.

- La señorita Marcadiéu, continuó el hechicero, es una joven de las más dignas; su abuelo era primo de mi padre, y tú sabes muy bien que no debo permitir, á pesar de mis buenas disposiciones respecto á ti, que uno de mis parientes lleve el nombre de un asesino. Si yo fuese el único que ha de conocer la verdad; si yo pudiera convencerme de que nadie sospecharía jamás que tu hermano ha matado á Laroque, y si, admitiendo que Emilio pudiese escapar siempre de las investigaciones de la justicia, estuviera seguro de que no ha cometido ninguna otra mala acción, te juro, Silverio, que no me opondría de ningún modo á tu casamiento. Tu felicidad fuera la

mía; ¿pero quién puede responder del porvenir? Lo que hoy está oculto corre peligro de ser descubierto mañana, y por prudente que un criminal haya sido, su delito se puede conocer en un día. Figúrate que te casas con Jacobita de aquí á tres semanas, y que dentro de tres años, si no tres meses, llega á saber de pronto que es la cuñada de un asesino. ¿No te imaginas cuál será su vergüenza y su desesperación? ¿No te parece oír sus maldiciones?.. Silverio, si tú la amas verdaderamente, no necesitas mis consejos, y sin duda adivinas cuál es tu deber: te será preciso olvidar á la señorita Marcadiéu. ¡Ten valor, amigo mío! Yo participo sinceramente de tu dolor, y sentiré toda mi vida haberme visto obligado á ocasionarte un pesar. Suceda lo que quiera, puedes estar persuadido de mi abnegación. Si reflexionases un poco reconocerías que te he suministrado ya pruebas irrecusables. El juzgado ha venido esta mañana á mi casa, y ha poco el sargento de gendarmes de Aigues-Vives me preguntaba cuál era mi opinión acerca de ese asesinato, rogándome que le guiara en sus pesquisas: me bastaba hacer una señal, y tu hermano estaba perdido... ¡Vamos, valor, muchacho! Mis afectos á tu padre.

Roumigas se levantó, y Silverio hizo lo mismo; los dos salieron del gabinete de consulta, y atravesando el recibimiento llegaron á la cocina. El hermano de Emilio andaba maquinalmente sin saber adónde iba; vió una puerta abierta y se dirigió hacia ella; después le pareció que bajaba por una escalerilla, oyó crujir la arena bajo sus pies, y hallóse en un sendero del jardín.

La tarde estaba tranquila, la nieve de las lejanas cimas tomaba un tinte amarillento. Silverio, encaminándose hacia el caserío, llegó ante su cascada;

de Roumigas, de sus revelaciones y de sus consejos.

- ¿Conque soy hermano de un asesino?, balbuceó. ¿Y es preciso que renuncie á Jacobita? ¡Oh! ¿No será una pesadilla horrible lo que me agita desde hace una hora?

Dió algunos pasos por delante de la cascada sonora, y sintió latir sus sienes por efecto del terror.

- ¡Ah! Pero eso no puede ser, continuó; sería demasiado espantoso. Ese hombre ha debido mentir. Emilio no ha matado á nadie... Quiero asegurarme de ello; voy á ver.

Y alejándose precipitadamente, se dirigió hacia la iglesia, atravesó el pueblo, pasó por delante de la casa de Laroque, alrededor de la cual veíanse aún algunos curiosos, y llegó á la de su hermano, donde entró sin llamar. En el aposento no había nadie; se dirigió al establo, que ocupaba el fondo de la cabaña, y allí encontró á Emilio, que se entretenía en acariciar á unos carneros.

Al ver á su joven hermano, el enfermo se volvió lentamente.

- ¿Eres tú, Silverio?, preguntó. ¿Buscas á nuestro padre? Ha ido á ver unos pastos por la parte de Praderes, y no volverá antes de la noche.

Al pronunciar estas palabras, Emilio se sonreía, mirando á su hermano. Parecía menos encorvado y no tan abatido; tenía los ojos serenos y las mejillas sonrosadas.

- No es á mi padre á quien busco, contestó Silverio á media voz, sino á ti, Emilio.

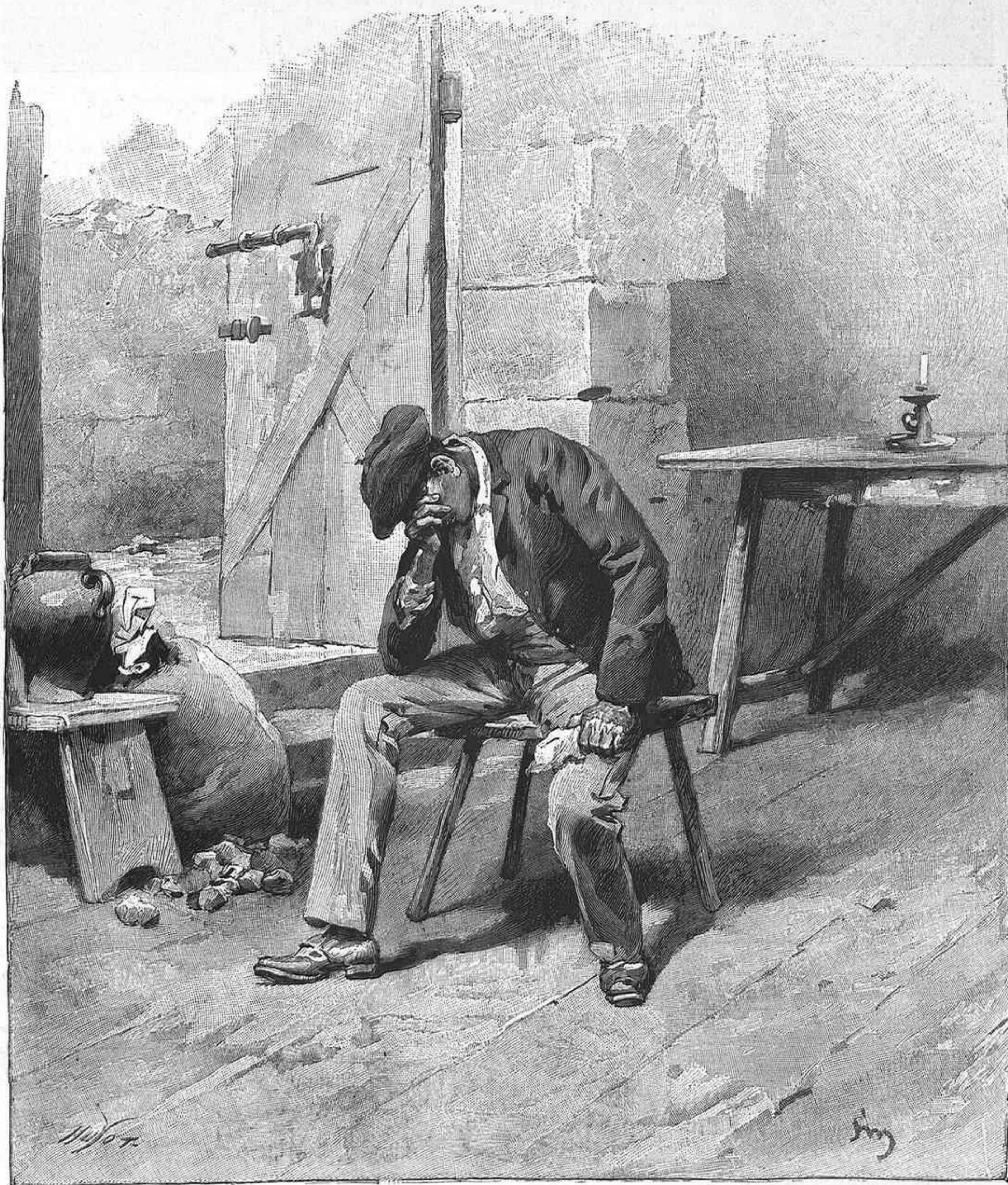
- ¿Qué quieres?

- Preguntarte una cosa.

- Ya escucho.

- ¿Estamos completamente solos?

- No hay aquí más que nuestros carneros.



Así lloró largo tiempo

acercóse á ella lentamente, con movimiento automático, y la bruma helada de las aguas refrescó su rostro. Al cabo de algunos segundos se estremeció ligeramente, enjugóse el rostro, sus pensamientos se despertaron, y entonces pudo reflexionar, acordándose

Con la mayor indiferencia, el tísico sacaba sal de un bolsillo, llenábase con ella las palmas de las manos y la ofrecía á las ovejas, que se empujaban codiciosas, alargando sus hocicos golosos.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

TRANVIA ELÉCTRICO SUSPENDIDO

El rápido crecimiento de las grandes ciudades y la consiguiente expansión de las poblaciones hacia la

en estos tranvías ha remediado algunos de estos inconvenientes, el del humo entre ellos, pero no por esto ha mejorado su condición.

Muchas tentativas se han hecho para obviar tales inconvenientes, como la de reducir la anchura de la vía, que tanto afea las calles, haciéndola de un solo

El último invento dentro de este sistema es el tranvía eléctrico suspendido de Eugenio Langen, de Colonia, y por las ventajas que ofrece sobre todos sus similares nos mueve á decir algo acerca de él.

En esta clase de tranvías los vagones, provistos cada uno de dos aparatos giratorios colocados en su techo, cuelgan de unos sostenes en forma de caja sin fondo que se apoyan sobre columnas ó soportes situados á 25 ó 30 metros de distancia unos de otros: los rieles están asentados en el lado interno de cada escarpa inferior. Cada aparato giratorio tiene dos ejes y es impulsado por un electromotor. La conducción de la corriente se verifica por medio de conductores que pasan por dentro de los sostenes y que, por consiguiente, en nada pueden perjudicar á las conducciones telefónicas y telegráficas. La disposición de estos vagones con aparatos de dirección, frenos, etc., es análoga á la de los vagones de los tranvías eléctricos, con la sola diferencia de que las plataformas son cerradas. Los aparatos de seguridad, en cuanto no los lleva ya consigo el mismo sistema, son más que suficientes para tranquilizar al público, pudiendo asegurar que los vagones ni pueden descarrilar ni precipitarse de la altura en que se mueven: en efecto, para que no descarrilen las ruedas hay debajo de los rieles unas dobles poleas que en situación normal no funcionan; para el caso de rotura de un riel, las ruedas encuentran un punto de apoyo en la especie de cinturón que llevan los sostenes, y si la rotura es de una rueda ó de un eje quedan sobre los rieles unos garfios que á modo de trineos se deslizan por encima de ellos. Si se rompen también las poleas, otros garfios que salen fuera de los cinturones de los sostenes impiden que el vagón siga su marcha. Aunque simultáneamente se rompiera toda una serie de órganos, el coche no caería: para

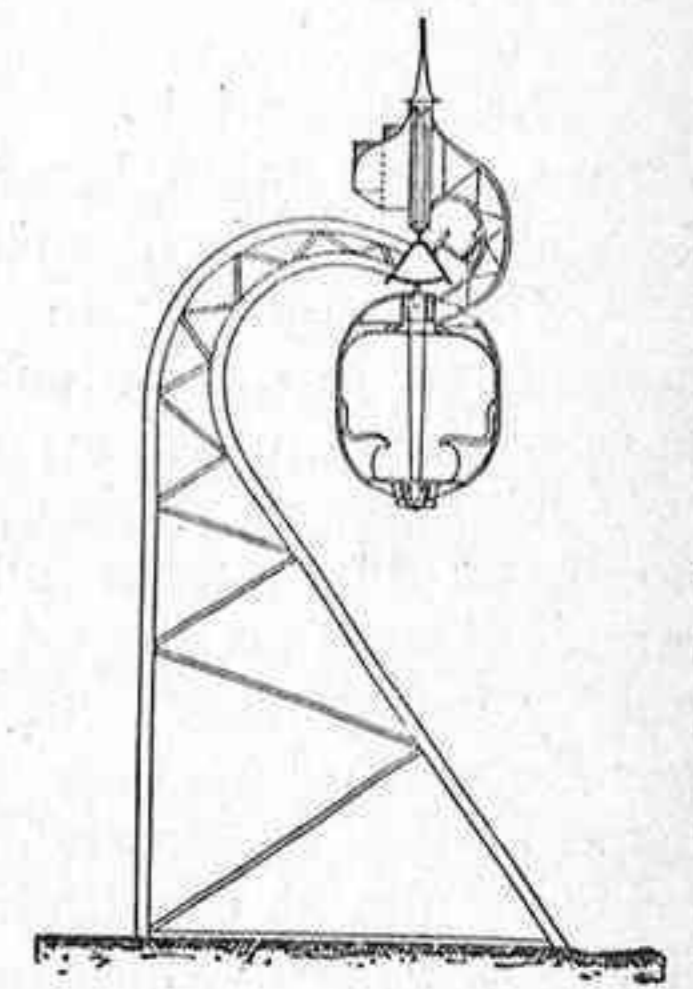


Fig. 4. - Esquema de un soporte

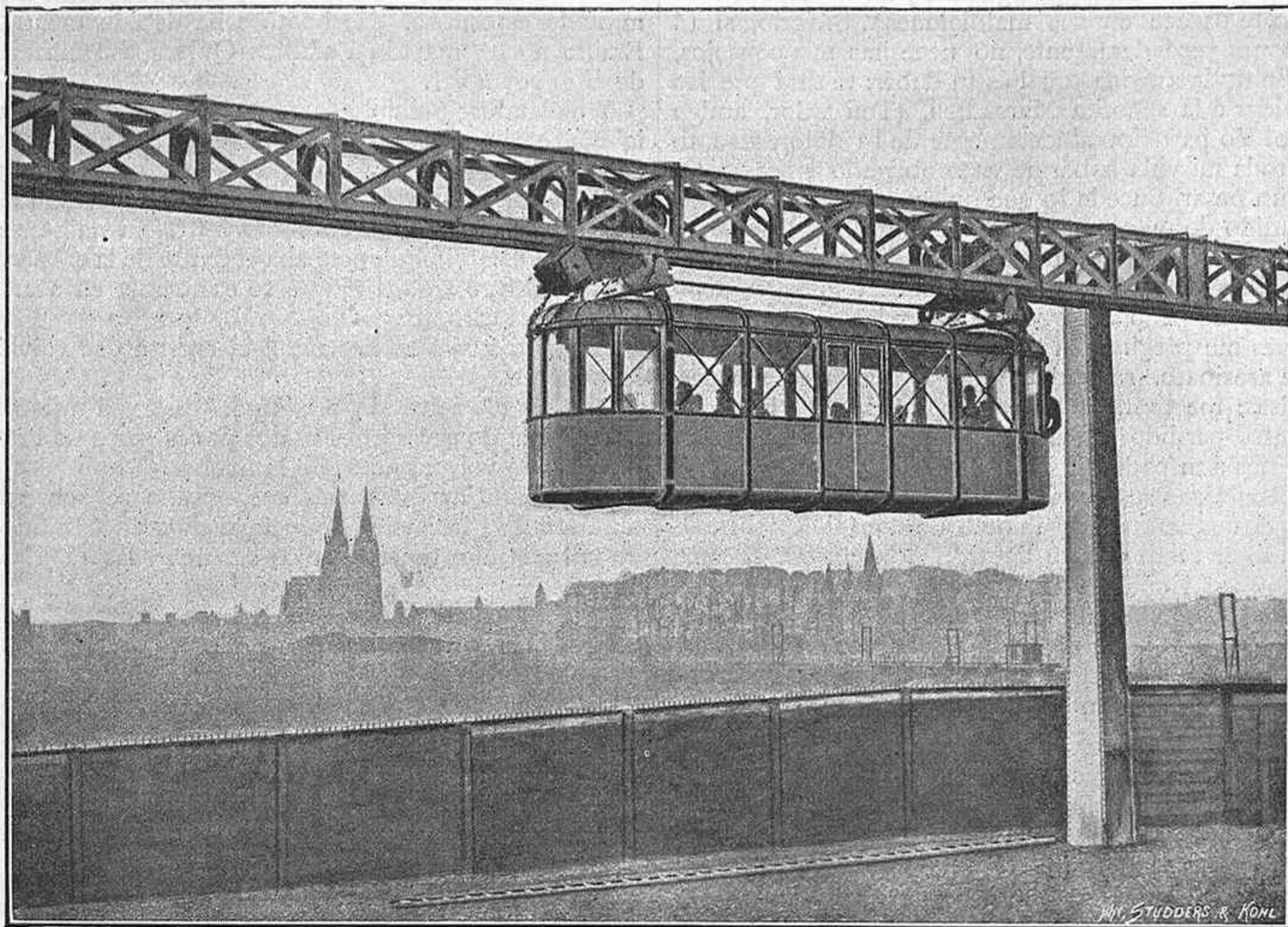


Fig. 1. - Tranvía eléctrico suspendido, sistema Langen. Trayecto construido como ensayo en Deutz

periferia de las mismas, hace cada vez más necesarios los medios de comunicación cómodos y rápidos. Los tranvías ordinarios que circulan al nivel del suelo de las calles, aun siendo eléctricos sólo pueden satisfacer esta necesidad dentro de ciertos límites, porque la relativa lentitud de su marcha no satisface á los que han de recorrer largos trechos. Por otra parte, el aumento de velocidad resulta peligroso para los transeuntes y en muchas ocasiones imposible á causa del mucho tráfico rodado de algunas vías urbanas.

De aquí que en algunas ciudades se haya construído una red de ferrocarriles y tranvías subterráneos ó aéreos: los primeros, muy generalizados en Londres, son de instalación excesivamente cara, además de poco cómodos para los pasajeros, y sólo en muy contados casos ofrecen verdaderas ventajas; los segundos, los aéreos, cuando no pasan por las calles como en Berlín, podrán ser útiles para las principales líneas de tráfico, pero amén de no ser tampoco baratos, no bastan á satisfacer todas las necesidades del público; y si son como los de Nueva York, es decir, si siguen la dirección de las calles y por consiguiente tienen mayor utilidad que los otros, resultan sumamente feos y molestos para los pasajeros y para los habitantes de las casas por encima de las cuales circulan. La sustitución del vapor por la electricidad

riel; mas en todos los sistemas hasta ahora propuestos resulta que ó los vagones, si van sobre los rieles, han de llevar en su parte inferior unas poleas-guías

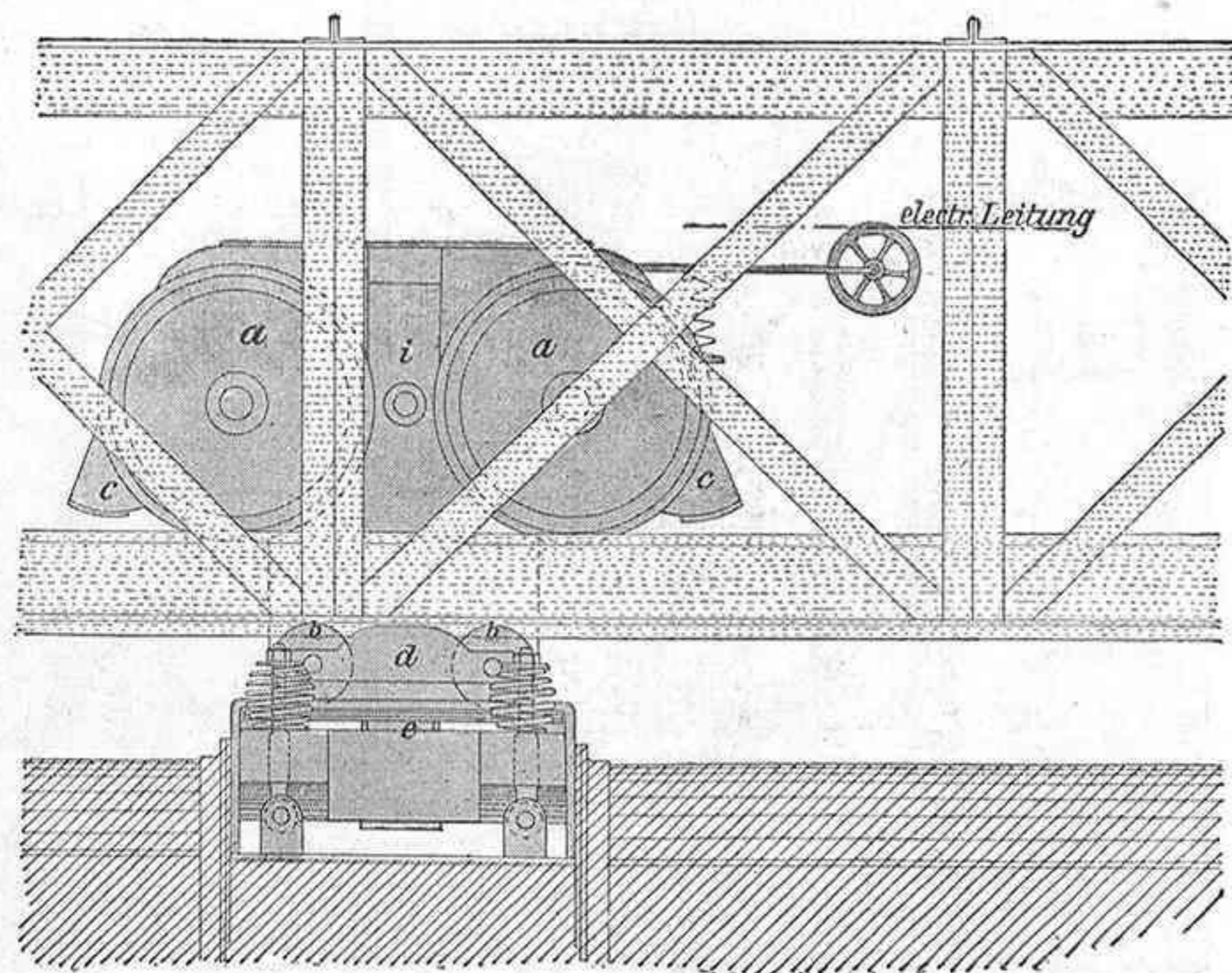


Fig. 2. - Disposición de los sostenes y del aparato giratorio, sección lateral

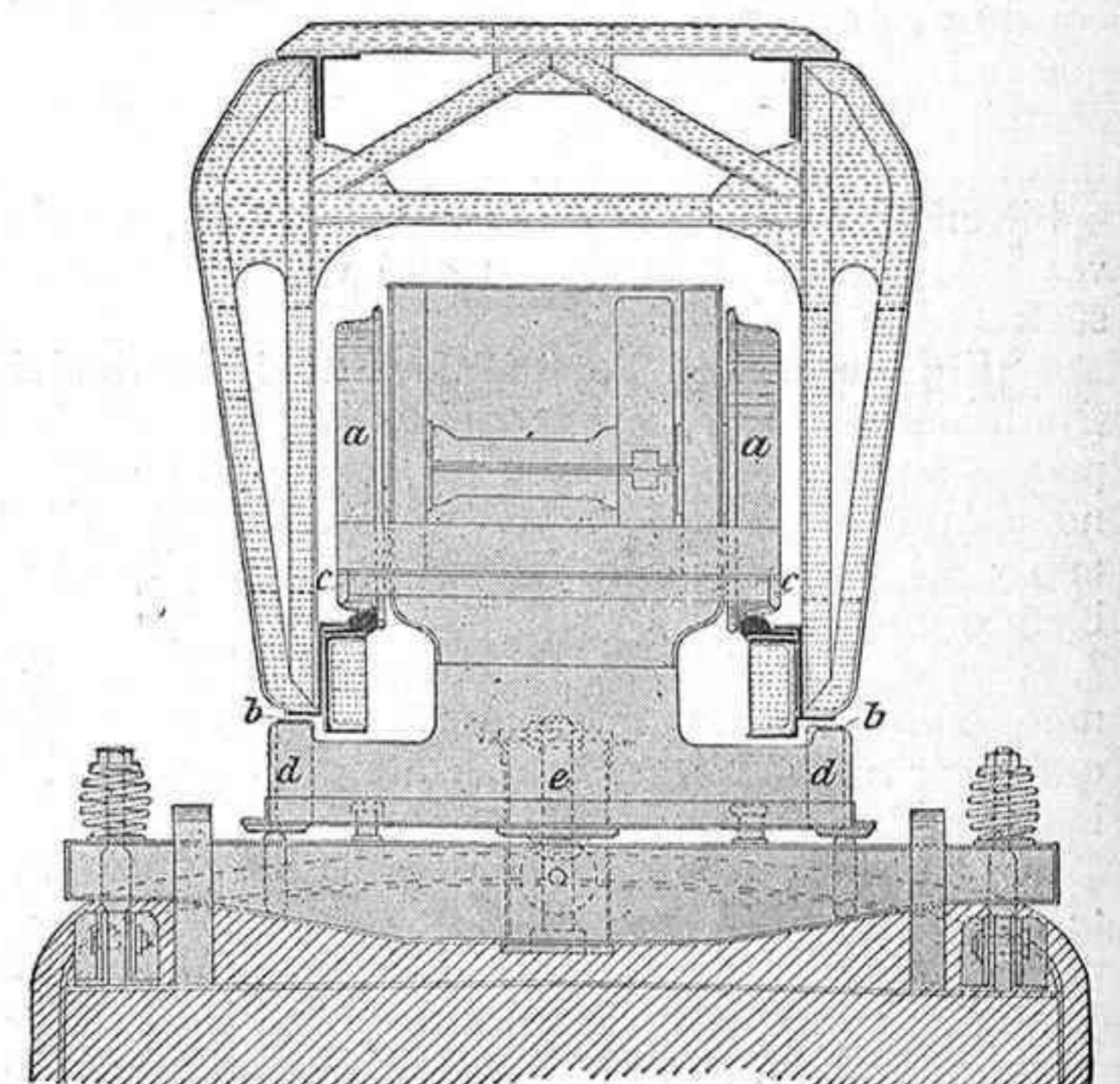


Fig. 5. - Disposición de los sostenes y del aparato giratorio, sección transversal

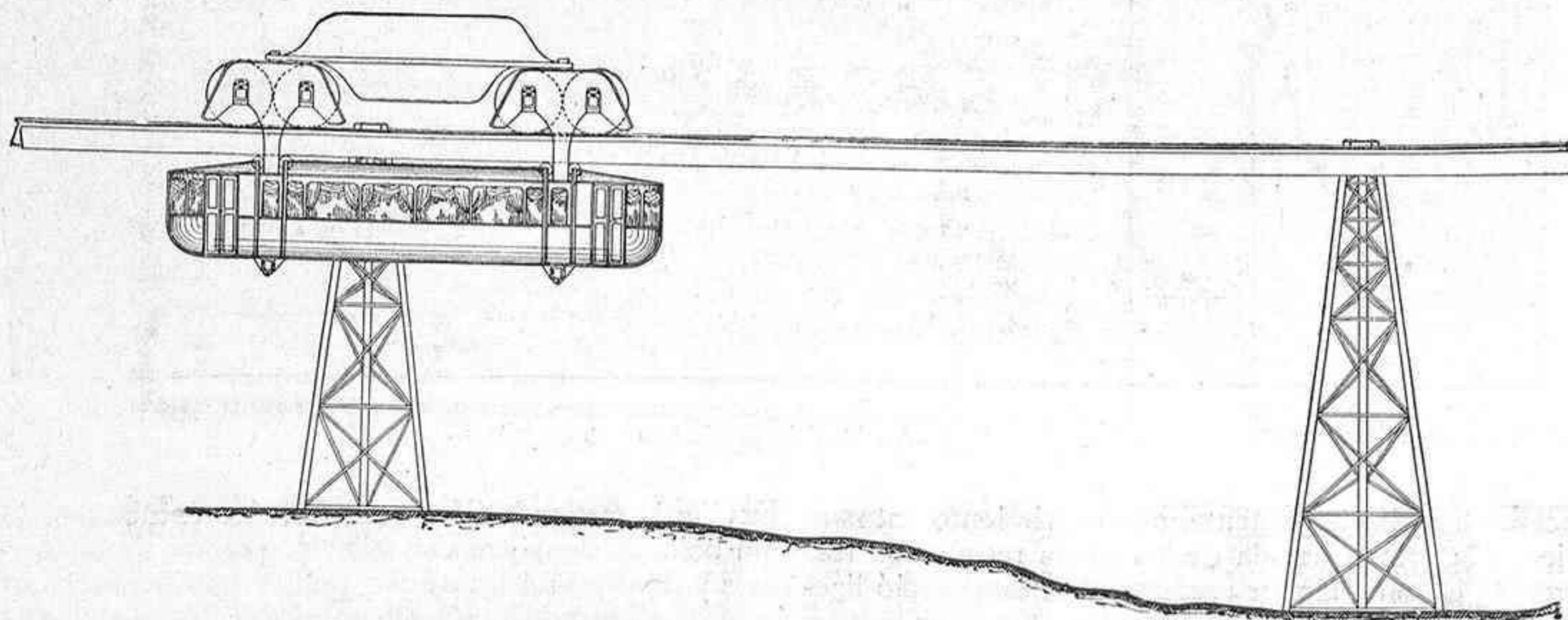


Fig. 3. - Vista del coche suspendido

que esto pudiera suceder sería preciso que se vinieran abajo todos los sostenes.

Este sistema de tranvías tiene, además de éstas, otras muchas ventajas sobre los tranvías aéreos comunes: en primer lugar la altura y en segundo la poca anchura de la vía, que permite que los soportes sean de forma esbelta y que toda la construcción tenga un aspecto elegante. En las calles donde hay árboles dichos soportes se confunden con los troncos de éstos y la vía se disimula entre las ramas de los mismos.

La explotación de este sistema nada de particular ofrece, pues en punto á velocidad, á dimensiones de los coches, etc., satisface como todos los demás las necesidades del público. Es interesante también observar la aplicación de un procedimiento por el cual un vagón no recibe la corriente eléctrica y no puede, por ende, moverse hasta que el que le precede se halle á la distancia reglamentaria.

Merece asimismo mencionarse la facilidad con que en este sistema se salvan las corrientes de agua.

Por otra parte, dado el poco espacio que la vía ocupa, pueden establecerse estos tranvías en las calles de segundo orden, dejando completamente li-

bres las grandes vías, es decir, las vías de lujo, lo cual no puede conseguirse con otros sistemas.

En Deutz (Colonia) se ha construído un trozo de vía para hacer la prueba de este ferrocarril y para las ciudades de Berlín y Hamburgo se han solicitado concesiones, siendo muchas las capitales de Alemania y del extranjero, especialmente Inglaterra, que se disponen á instalar el tranvía suspendido que hemos descrito y de cuyos detalles podrán formarse idea nuestros lectores por los grabados que publicamos. - X.

PESCA DEL NÁCAR EN LA INDIA

En la India inglesa se hace un enorme comercio de conchas de nácar, que generalmente pertenecen á la especie *Turbinella* y que principalmente se encuentran en distintos puntos del golfo de Manaar, en Jaffnapatam, en Travancore, en Tuticorin y en Kilakarci. La pesca se efectúa especialmente en estos dos últimos sitios, situados uno cerca de Ramade y otro en el estrecho de Tinnevely. Esas conchas se cogen á dos brazos de agua, unos 3'20 metros, comenzando la pesca en octubre para terminar en marzo. En aquellas regiones se encuentran gran número de bancos de estas conchas en estado fósil, pero las únicas que se venden á buen precio son las que se pescan estando aún vivo el molusco, pues de lo contrario el nácar pierde su brillo y no vale ni siquiera lo que cuesta el flete. Entre los moluscos vivos los hay también dañados por gusanos, como sucede con las ostras, siendo la proporción de estas conchas malas de una décima parte.

Ya hemos dicho que el nácar es muy solicitado en la India y da lugar á un considerable comercio que tiene sus grandes centros de venta en Calcutta y en Madrás. En la época en que la dinastía de los Chalukya reinaba en Kalian, la concha de nácar era una

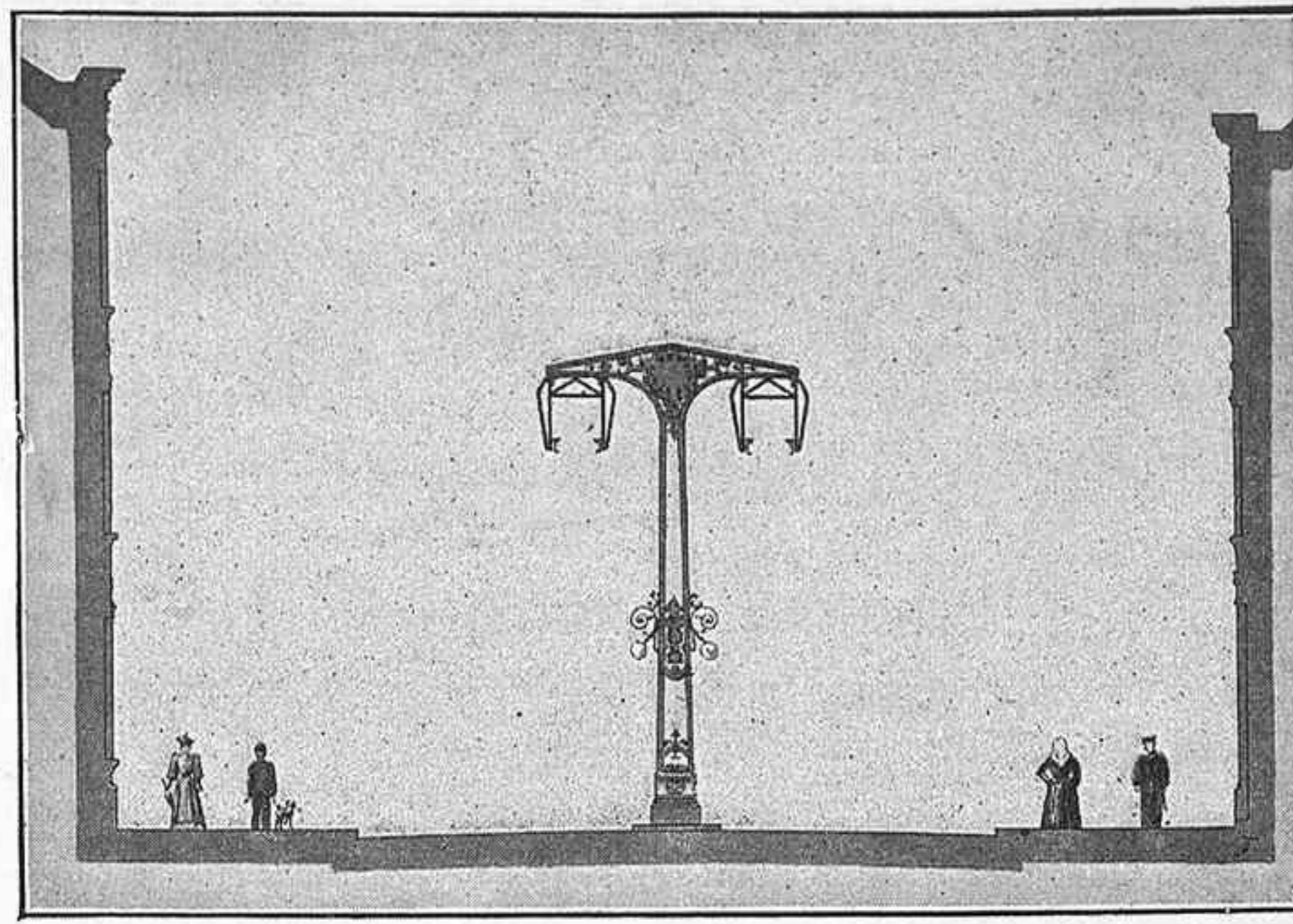


Fig. 6. - Perfil de un soporte con dos sostenes

de las insignias de la realeza, y aun hoy en día á los indios ricos se les entierra con una porción de joyas, como brazaletes, collares y sortijas, fabricadas con esta materia, con la que se confeccionan también cajas.

El gobierno inglés explota en provecho propio esta pesca que en los 17 años desde 1877 á 1893 le ha producido 2 lacks 3.674 rupias 11 annas, ó sea unos 490.000 francos. Durante la temporada de 1892 á 1893 se han pescado 316.354 conchas en buen estado y 30.132 picadas por los gusanos, habiendo sido el precio de venta total de 39.280 francos; y como los gastos de explotación se han elevado á 19.700 francos, resulta que el gobierno inglés ha obtenido un beneficio de 19.580 francos.

Mas no se crea que el precio de venta de estas conchas sea regular y uniforme; por el contrario, sufre grandes variaciones. Así por ejemplo, en la última

temporada vendiéronse aquéllas á 45 y 51 rupias (108 y 122 francos aproximadamente) el millar, cuando en 1890-91 habíanse vendido á 78 y en 1887-88 á 123 rupias.

Además el precio unitario de una concha oscila entre límites extraordinariamente diversos, según ciertas cualidades excepcionales que cada una puede presentar. Su valor depende principalmente del volumen, siendo de notar que las que aparecen abiertas por la derecha, que son sumamente raras, se venden á precios en extremo elevados, habiéndose llegado á pagar por algunas de ellas 400, 500 y hasta 1.000 rupias, y aun se cita una por la cual se dieron 2.000, ó sea más de 4.700 francos.

La pesca de las conchas de nácar es sumamente original. Los hombres que en ella se emplean van subidos en unas armadías formadas por cuatro troncos de árbol atados con cuerdas de coco, y llegados al punto en donde se encuentra el banco de madreperlas, se sumergen llevando á la espalda un saco con un pequeño azadón que les sirve para desprender las conchas.

Algunos pescadores se sumergen de este modo hasta 9 brazas de profundidad y permanecen dentro del agua unos 30 ó 40 segundos; pero los hay que resisten hasta un minuto y algo más, si bien cuando salen arrojan por los ojos y los oídos agua teñida en sangre. A pesar de lo pesado y peligroso de este trabajo, los infelices buzos ganan un jornal sumamente ínfimo.

Este sistema de pesca es, como se ve, poco práctico y muy penoso, sin embargo de lo cual los que se encuentran al frente de la explotación no parecen dispuestos á modificarlo.

Lo mismo sucede con la pesca de la perla, pues aun cuando en algunos puntos se usan ya aparatos que facilitan la tarea de los pescadores, en otros muchos se sigue el primitivo sistema. - D.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp. Paseo de Gracia, núm. 21.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anémia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteración de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrófulosas* y *escorbúticas*, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el *Vigor*, la *Coloración* y la *Energía vital*.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm., 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

EL APIOL
DE LOS DOCTORES
JORET Y HOMOLLE
Fábrica de la rue de Valenciennes, 100, París.

APIOL
REGULARIZA LAS EPOCAS.
IMPIDE LOS DOLORES.
RETRASOS, SUPRESIONES, &c.

Dosis: una o dos capsulas mañana y tarde.
FRASCO 450.-TODAS FARMACIAS.

PARA ENTIBAR LA BOCA DE COTO, EXIJER EL APIOL DE LOS DOCTORES JORET Y HOMOLLE

MEALLA de ORO, Exposición de ANVERS 1894.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
CASTRITIS - CASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
E OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D' FRANCK

Estreñimiento,
Jaqueca,
Malestar, Pesadez gástrica,
Congestion
curados ó prevenidos.
(Rotulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias.

VERITABLES
GRAINS
de Santé
du docteur
FRANCK

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CYCLES IMPERATOR
DUGOUR Y C.^a, Constr.
81, Faubourg, Saint-Denis, en Paris
Velocipedos de precisión
Excelentes neumáticos. Fr. 225

Catálogo gratis. - Exportación.

MAREO PELAGINA

RESULTA DOS COMPLETOS en el mayor número;
ALIVIO SEGURO en los otros.

IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO En Francia, frascos 5.3 y 1 fr. 50

E. FOURNIER Farm., 114, Rue de Provence, PARIS,
y en las principales Poblaciones marítimas.
MADRID: Melchor GARCIA, y todas Farmacias.

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
Con Ioduro de Hierro Inalterable.

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.

Exigir la Firma y el Sello de Garantía. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Solucion **BLANCARD**
Comprimidos de Exalgina

JAQUEGAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

VELOUTINE FAY
El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

LIBROS

ENVIADOS A LA REDACCIÓN por autores ó editores

LA FETIDEZ DE ALIENTO DE ORIGEN NASAL, por el doctor Avelino Martín. — El conocido médico barcelonés especialista de las enfermedades del oído, garganta y nariz, Sr. Martín, ha hecho un estudio completo del ozena verdadero, que expone en el libro que nos ocupa y en el cual trata del concepto general de esta enfermedad, de su etiología, anatomía y fisiología patológicas, sintomatología, diagnóstico y pronóstico y tratamiento. Esta obra, en la que se patentizan los conocimientos profundos de su autor, se vende al precio de 2'50 pesetas.

RIMAS, por Leonidas Pallares Arteta. — En vez de exponer el juicio que nos merecen las poesías contenidas en este tomo, preferimos copiar lo que acerca de su autor escribe el ilustre literato peruano D. Ricardo Palma. «En el autor de este libro hay más tendencia al espiritualismo romántico de Bécquer que á la fosforescencia pesimista de Verbaire y Richepin. Pallares Arteta es un poeta subjetivo, que expresa sus esperanzas, sus ensueños, sus alegrías y sus dolores amorosos, sus sentimientos íntimos todos sin recurrir á fastuosa palabrería.» Por nuestra parte sólo añadiremos que los ver-



VENDEDORA DE HIGOS CHUMBOS EN GRANADA, cuadro de Cecilio Pla

sos del Sr. Pallares Arteta son dulces y armoniosos y abundan en bellísimos pensamientos. *Rimas*, que forma el primer tomo de la serie de obras poéticas de su autor, se vende en Lima en la librería Gil (Banco del Herrador, 113 y 115) al precio de 50 centavos.

HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN IBÉRICA, por J. P. Oliveira Martins. Traducción de D. Luciano Taxonera. — El mejor juicio que podemos emitir acerca de esta obra importantísima del eminente publicista portugués es copiar las siguientes frases que le dedica el conocido poeta gallego Curros Enriquez: «En esta obra, dice, se registra en páginas de oro la historia de la raza ibérica, se analiza nuestro presente y se anuncia la aurora de nuestra regeneración. Leyendo este libro se siente uno orgulloso de haber nacido en este rincón de Europa, surgen en el alma impulsos generosos y como del fondo de un ataúd creemos levantarnos y resucitar á nueva vida, animados por un soplo de fe en el porvenir, del pantanoso lago de pesimismo y de duda que nos rodea.» La traducción del señor Taxonera reúne las condiciones de fidelidad y corrección de lenguaje que en tales trabajos son indispensables. Véndese el libro en todas las librerías al precio de siete pesetas en Madrid y ocho en provincias.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FARMACIA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEPÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 Limpia y conserva el cutis limpio y terso

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores
 Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
 año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base
 de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia
 contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECO y de los INTESTINOS.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO,
 BRONQUITIS,
 OPRESION
ASMA
 y toda afección
 Espasmódica
 de las vías respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y C^o, P^o 102, R. Richelieu, Paris.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Selne.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Especidones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
G RAGEAS al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^od de F^o de Paris
 LABELONYE y C^o, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por escelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXÍJASE el nombre y la firma AROUD

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN